



Berta Dávila

Los seres queridos

se



Lectulandia

Cinco años después de haber sido madre, una mujer se encuentra repentinamente en la disyuntiva de decidir si quiere volver a serlo. El recuerdo ambiguo del primer año de crianza de su hijo le devuelve un reflejo de la experiencia atravesado por la culpa y el arrepentimiento. Desde el relato de las últimas semanas del año, donde las reuniones familiares se intercalan con acontecimientos inesperados, la novela nos habla de las aristas del amor maternal, de la familia y la amistad, del duelo y sus recovecos.

Con una escritura penetrante y evocadora, *Los seres queridos* trata de ahondar en el significado de los vínculos que nos sostienen y en cómo la literatura es capaz de recoger aquello a lo que nos cuesta poner nombre.

Berta Dávila

Los seres queridos

ePub r1.0

Titivillus 26-02-2023

Título original: *Los seres queridos*
Berta Dávila, 2022
Colección: Áncora Delfín, n.º 1570

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Juanma, él sabe por qué

Preámbulo

Las flores trímeras

Diez días antes de Navidad, mi amiga Lucía me dijo que un libro que habla de su propia escritura es como un niño que nace muerto, que se rompe el prodigio, que no le parece literatura sino otra cosa, y que esa otra cosa a ella la aburre. Estamos sentadas en los bancos de plástico del aeropuerto cuando me lo dice, esperando a que anuncien la puerta de embarque de su vuelo de regreso a Madrid. Yo le digo que no estoy segura de que sea así y que, de ser así, no estoy segura de que me importe. Ella encoge los hombros.

Lucía vuelve a casa para pasar algún tiempo en familia antes de casarse a finales de diciembre. La acompaño hasta el aeropuerto en coche con su maleta de ruedas y su desgana a cuestas, para hacerle más liviano el tránsito. Le explico que cuando yo escribo sobre escribir no escribo sobre escribir, y que escribiría sobre medias y corsés si trabajase en una tienda de lencería, y sobre cloro y metros cúbicos de agua si dedicase algún tiempo a limpiar el fondo de una piscina. Le explico también que, cuando escribo sobre escribir, la escritura no forma parte del mundo de las ideas sino del mundo de los objetos, y que cuando digo *novela* en una novela, o *poema* en un poema, lo hago como quien dice *árbol*, o *casa*, o *río*, y no como quien dice *deforestación*, *habitable* o *hidrografía*. Me pregunta entonces por mi hijo y por la novela en la que trabajo, que son las dos cosas por las que mis amigas me preguntan. Después mira el reloj y la pista de despegue a través de la cristalera y se queda callada un rato largo.

Los aviones son lugares intercambiables, no son solo vehículos para partir o retornar, sino espacios aparte del tiempo, o en los que el tiempo alcanza la dimensión de un lugar. Cuando una se desplaza en avión no importa el paisaje que se desliza debajo de la ventana; importa, sobre todo, la duración del trayecto. En un aeropuerto importa la duración de la espera. Mientras aguardo con Lucía insisto en contarle que cuando empecé a escribir el libro tenía la

voluntad firme de que no hablase sobre escribir, porque era una novela sobre un hijo y una madre, y para escribir sobre un hijo y una madre sin sentirme interpelada yo necesitaba que la protagonista no se pareciera en nada a mí.

En realidad creo que era una novela sobre los vínculos de varios tipos y sobre las tres etapas de la vida. Le había puesto un título que me parecía evocador: «Las flores trómeras». Se lo cuento a Lucía como si le hiciese una alta confesión, pero Lucía tiene un hábito insoportable: nada la entusiasma, es como si fuese imposible para ella emitir una opinión trivial, ni siquiera por cortesía, y necesitase digerir por completo un acontecimiento antes de tomar partido. Así que cuando le digo el título que he escogido para la novela, vuelve a encoger los hombros y responde cualquier cosa, un poco desorientada, sin tiempo para valorar concienzudamente, como acostumbra, si le agrada o no, y yo adivino que su desgana por regresar a Madrid es más grande de lo que suponía.

En el libro había una madre que acababa de perder a su hijo de pocos meses en un accidente de tráfico. La madre era locutora en una emisora de radio local y vivía sola. Durante el tiempo de duelo se mudaba al apartamento de su abuela, una mujer ya mayor que sufría algún tipo de demencia y problemas de movilidad, y también la única familia que a la madre le quedaba. Lucía me pregunta si ese personaje se parece a mi abuela María. Le digo que probablemente sí, claro, y le explico algunos pormenores del comportamiento de mi abuela María durante los últimos meses. Por ejemplo, que casi siempre me reconoce nada más verme pero que, en ocasiones, olvida las novedades o confunde los tiempos; que me pregunta por notas y exámenes, dando por sentado que soy todavía universitaria, y también por el padre de mi hijo, como si la ruptura entre Miguel y yo nunca se hubiera producido. Algunas veces me parecen despistes interesados, porque a menudo olvida las partes que contravienen sus deseos y quiere saber detalles de una vida que no es la mía, pero que resulta sospechosamente parecida a la que —estoy segura— ella imaginó para mí. No tengo ningún argumento que confirme esa idea: mi abuela María olvida también recetas y nombres propios, habla de amigas suyas muertas hace muchos años como si estuviesen vivas y la hubieran visitado la semana anterior, y equivoca las estaciones del año.

La confusión sobre acontecimientos recientes de mi abuela se la había atribuido, acrecentada, al personaje de mi libro, que vivía en un extravío completo. La demencia del personaje de la abuela era conveniente para el

personaje de la madre, porque le permitía estar con alguien sin tener que hablar de su hijo muerto. La demencia del personaje de la abuela se mezclaba con el luto de la madre: las dos se quedaban un poco al margen del mundo y de la frivolidad de las rutinas corrientes, pero construían la suya propia, como si estuvieran extrañadas de estar vivas pero no les quedase otro remedio. La madre cuidaba de la abuela y las dos cuidaban un jardín durante la primavera. Yo quería que plantasen tulipanes porque es una flor importante para mí y porque explicaba el título del libro, pero me di cuenta con fastidio de que los tulipanes hay que plantarlos en invierno. Eso me obligó a desplazar la línea temporal de la novela unos meses atrás, y a reescribir las cosas que pasaban en invierno y colocarlas en otoño, y las del otoño en verano, para que ellas dos pudiesen plantar tulipanes en diciembre, cuando toca. Aquella fue la primera advertencia —discreta— de que el libro no funcionaba. Puede parecer una estupidez, pero a partir de ahí todo empezó a desencajarse y, en el momento de explicarle el argumento del libro a Lucía, yo estaba ya bastante segura de que había algo en él que no me permitiría ponerlo nunca en pie.

Hace mucho tiempo que los aeropuertos me desagradan. Aborrezco la temperatura que tienen siempre, ese leve frescor como de farmacia, poco contrastado entre zonas. También aborrezco la falsedad con la que aparentan ser lugares asépticos. Parecen decorados limpios, excepto por algún pequeño desastre localizado: un cubo de basura que rebosa o una bandeja de plástico con café derramado que alguien ha abandonado en una mesa apartada después de intentar atajar la catástrofe con pañuelos de papel. Salvando esos defectos, los aeropuertos son lugares con un aspecto estéril que, verdaderamente, están por completo impregnados de pequeños gérmenes invisibles como consecuencia del tránsito permanente de personas que van de un lugar a otro.

Lucía me dice que le parece difícil hablar sobre madres en un libro. «Supongo que tienes muchas cosas que contar sobre eso», dice también. Quiero responder algo, apuntar que yo ya he escrito antes sobre hijos y madres, pero sé que no es verdad. Cuando escribía sobre un hijo y una madre lo hacía como jugando al escondite, tratando de salir rápido del embrollo. Se había convertido en un propósito incómodo para mí, en un deseo que algunas veces se parecía a un compromiso, porque yo era una madre y debía, de algún modo, ser una madre también en la ficción.

La madre y el hijo están siempre en mis libros dentro de un escenario quieto donde permanecen recogidos, entre dos diques de contención que no

les permiten expandirse. Protagonizan pequeñas anécdotas encapsuladas, la mayor parte de las veces inoportunas, como una mancha en medio de algo más. Esas burbujas actúan sobre mi relato igual que actúa un sueño o un fantasma o una sombra o una flor repentina en la mitad de un camino. En ocasiones sirven para anticipar miedos y conjeturas sobre la protagonista, otras son una manera de colocar un lamparón de aceite o de café, que salpica mi página impoluta y pasa al otro lado, como una aberración.

Suelo decir en público que no soy capaz de escribir extensamente sobre las madres y sobre los hijos porque resulta doloroso o difícil para mí, pero lo cierto es que la razón es otra muy distinta. Sabía que era un libro por escribir y sabía también por qué había estado evitándolo tanto tiempo.

Para empezar, detestaba el léxico. La palabra *embarazo*, por ejemplo. La palabra *bebé*, también. Tampoco soportaba la palabra *embrión*, y consideraba que los conceptos técnicos, que no es posible nombrar de otra forma, estropeaban la poesía. Por supuesto la palabra *aborto*. Escribí sobre el aborto y sobre el embrión sin decir nunca *aborto* ni *embrión*, y detrás de la omisión había vergüenza y temor y también una voluntad de desplazar esas palabras de la literatura, como si hubiera unas palabras idóneas para la literatura y otras que no lo son, y yo tuviese el cometido de expulsarlas. Simplemente me las arreglaba para contar esas cosas sin decir esas palabras tan comunes, y algunas veces, lo confieso, estaba orgullosa.

Meses atrás una periodista muy agradable me había preguntado en una entrevista qué pensaba acerca del éxito de las telenovelas turcas y yo le había dicho que los temas de las telenovelas turcas no son esencialmente distintos a los temas de las tragedias de Shakespeare. Me pareció que era verdad, aunque una verdad a medias. Las telenovelas turcas son vulgares y las tragedias de Shakespeare no lo son —pensaba—, y no sabía explicar por qué o por qué me lo parecían. Le pregunto a Lucía si un parto le parece algo vulgar sobre lo que escribir. Me dice que no en especial, y se refiere al momento trascendental del nacimiento y a la llegada de una nueva vida que se abre paso al mundo. «Dar a luz debe de ser una experiencia asombrosa», explica. Aparentemente, dar a luz es una experiencia asombrosa para ella, pero no me aclara si también lo es parir.

Le cuento a Lucía que yo nací a través de una cesárea de urgencia y que a mi madre le practicaron una incisión vertical bastante larga, que comienza justo debajo del ombligo; que su cicatriz no es imperceptible, sino que se ha engrosado con el paso del tiempo como un pequeño cordón rígido y rosado que le atraviesa la parte baja del abdomen. «Eso sí es vulgar para contar en un

libro», opina, aunque tampoco me aclara por qué. «No sé, un punto de sutura es vulgar, demasiado trivial», dice justo después. Trato de defenderme explicándole que yo escribo sobre lo trivial y me contesta que cuando escribo sobre lo trivial siempre estilizo lo trivial. A lo mejor es que hay heridas que no es posible estilizar, ni siquiera para la literatura.

Me acuerdo de Carlos, el martes anterior, regresando de hacer la compra. Desde que vivimos juntos, Carlos suele encargarse de la intendencia doméstica en nuestra casa. Sabe si hace falta leche o café, y sabe cuánta fruta hay que comprar para que no se pudra en el frutero ni nos quedemos sin naranjas. Yo cocino, lavo los platos, hago las camas. Él pone lavadoras y organiza la ropa. Es un reparto tácito, no pactado: él es capaz de llevar la cuenta de los asuntos que necesitan de alguna previsión, yo resuelvo las tareas inmediatas. Carlos compró plátanos y manzanas y cuando volvió de la calle yo estaba escribiendo en la cocina, bastante dispersa, y lo miré llegar como si fuera transparente. Me dijo: «A veces pienso que me observas para luego escribirme». Y también: «A lo mejor puedes escribir sobre esto, solo que nunca dirías que he traído plátanos y manzanas del supermercado sino melocotones y grosellas, o algo peor». Así es como estilizo lo cotidiano en la literatura, melocotones y grosellas en vez de plátanos y manzanas, dar a luz en vez de parir.

En la pantalla de los aviones por despegar aparece por fin alguna información sobre el vuelo de Lucía, que lleva retraso, y una indicación de que la puerta de embarque se anunciará quince minutos más tarde. Antes de despedirnos, me invita a un zumo de naranja en uno de esos bares de aeropuerto que tienen una cartelería excesivamente cordial y moderna. Lucía no toma café. Tengo que recoger a mi hijo en clase de música a media tarde, pero queda tiempo suficiente. Lo acepto porque tengo sed, además Lucía es una gran conversadora y le debo una despedida. Nos conocemos desde hace mucho, y de hecho fue ella quien me presentó a Miguel, en una fiesta de fin de año a la que fui solamente porque también aquella vez le debía una despedida a Lucía. Le cuento que los lugares más sucios de los aeropuertos son, por este orden, las pantallas de los cajeros automáticos y los botones de las fuentes de agua. Por nada del mundo sería capaz de utilizar esas fuentes de agua para calmar la sed en un aeropuerto.

Tomo mi zumo hablando de cualquier cosa y me intereso por los planes familiares de Lucía para los días festivos y por los pormenores de la boda.

Ella me muestra una cinta de flores secas que lleva en una cajita de cartón dentro del bolso y que piensa ponerse en la cabeza durante la celebración. Es cursi, pero le digo que me parece encantadora y que estoy deseando que llegue el día, y también emocionada porque falte tan poco. Mientras la guarda de nuevo en su caja, se desprende un pétalo breve de hortensia, que seguramente antes era azulado y al secarse se ha vuelto pálido y marrón. Me habla del viaje de novios a Lanzarote, como el que hicieron sus padres cuarenta años atrás. El entusiasmo por todos esos preparativos me distancia de Lucía, pero creo que ella no nota en absoluto que interiormente yo estoy ocupada en defenestrar mi libro sobre el hijo y la madre, convencida de saber algo más de por qué no funciona. Hay una verdad poderosa en las palabras que siempre me han parecido vulgares o impropias, en las manzanas y en los puntos de sutura, en el óvulo y en el cordón umbilical.

Los aeropuertos fingen cierto tipo de sofisticación, sobre todo los lunes por la mañana, cuando están vacíos de turistas. Son exactamente lo contrario a la casa, al sofá que conserva nuestra forma, a la manta desgastada que escondemos de la mirada de las visitas. Los uniformes de las personas que trabajan como auxiliares de vuelo son la viva estampa de ese fingimiento, un tejido que pretende abrigar y cubrir pero que verdaderamente desnuda y revela lo que tiene de ceremonia el protocolo de la tripulación de un avión. Mi libro sobre el hijo y la madre era lo más parecido a un uniforme de auxiliar de vuelo que puedo concebir.

Los aeropuertos también son lugares al margen del relato, son anteriores a que suceda algo o posteriores a lo que ya ha pasado, epílogos o preámbulos donde nadie espera que ocurra nada especial. Lucía camina hasta el control de pasajeros y miro cómo se marcha arrastrando los pies. Le digo adiós con la mano y después regreso al aparcamiento. Conduzco hasta la escuela de música con una alegría furiosa y renovada. Aparco sobre la acera y noto una náusea desagradable, en la que se confunden mi nueva furia y el zumo de naranja que llevo dentro del estómago, pero encuentro un caramelo de menta en la guantera que me ayuda con las dos cosas y salgo del coche satisfecha de conseguir permanecer en pie sin vomitar.

1

El segundo hijo

Todos los días empiezan de manera parecida con el niño. Suele despertarse con un manto de lentitud que le cubre la cara y el pelo, y no sabría decir de qué se compone. A lo mejor porque no se compone de nada concreto o, al menos, de nada que sea posible apresar entre los dedos. Se le nota en la boca, que es torpe, y en las palabras, que parece que renacen con sus formas primitivas. Las palabras del niño, cuando despierta, no son urgentes como la noche anterior. Dice, por ejemplo, mamá, o farfulla cualquier tipo de saludo, y lo hace como si fuera un ruido fortuito desprovisto de significado. Se le nota también en la forma de agarrar con las manos el muñeco con el que duerme y en la manera de poner los pies en el suelo. Camina por el pasillo hasta la cocina como si descubriera el peso de su cuerpo y calculase por primera vez el tamaño de los muebles y la altura de los objetos que alcanza. Después bebe un vaso de leche que le doy y, algunas mañanas, pide otro.

Cuando el niño era un bebé, ese manto tenía una consistencia más espesa. Parecía, de hecho, algo material. De algún modo, la jornada le estropeaba parcialmente la frescura de la cara y le restaba excepcionalidad a sus gestos. Al final del día, dejaba de ser niño para ser deber. Al final del día yo pensaba en la ropa por recoger, en los platos que lavar, en la nevera que llenar y también en la obligación de cuidarlo, como si todas esas cosas fuesen parecidas, tareas domésticas anotadas en una lista. La noche lo restauraba como criatura singular y cada mañana era de nuevo especial por el hecho de estar vivo y por ninguna otra razón. Su piel era otra vez elástica y bien coloreada; su mirada, radiante. El niño tiene ahora cinco años y es mi hijo.

El niño comete algunos errores curiosos. Dice *miestra tanton* en lugar de «mientras tanto», deja las frases sin terminar y luego, cuando le apetece seguir, las retoma repitiendo la última sílaba que ha pronunciado. Dice, por ejemplo: «voy a jugar», y hace una pausa. Luego dice: «gar con el tren de

madera». Se equivoca con las frases hechas y cuando quiere explicar que la niña del cuento de los tres osos miente como una bellaca, acaba diciendo que miente como una avellana. A mí me agradan los defectos del niño y nunca he considerado que tuviese que corregirlo, pero eso seguramente es porque no soy la madre que debería. El niño no se queja por dormir con el pantalón de un pijama de dinosaurios y con la camiseta de otro pijama de estrellas y naves espaciales, y no se queja porque no lo haya llevado a que le corten el pelo la semana pasada. Simplemente lo aparta si le cae sobre los ojos cuando dibuja o cuando come, con su mano de dedos gruesos, y pasa a otro asunto. El niño nunca se queja de mis defectos porque no conoce cómo tendrían que ser las cosas.

No se quejó, por ejemplo, de que llegase algunos minutos tarde a recogerlo a la escuela de música después de despedir a Lucía en el aeropuerto. Y cuando lo acompaño a la parada del autobús escolar a la mañana siguiente no se queja tampoco de que haya olvidado meter en su mochila la cantimplora llena de agua que habitualmente lleva a la escuela. Me lo dice delicadamente, eso sí, pero lo hace como restándole importancia. Entro con él en una cafetería y compro una botella de agua de plástico. Él me explica que el plástico es malo para el planeta porque termina en el mar y mata a los peces. Yo le aseguro que no volverá a ocurrir y me disculpo con él y con los peces. Me responde, compasivo, que no pasa nada. Poco después se sube al autobús y hace un gesto de adiós emocionado con la mano desde la ventana, como si yo fuese una madre por completo perfecta.

Cuando el niño se marcha, hago tiempo mientras no abre la farmacia, así que doy un rodeo considerable desde la parada de autobús hasta la calle en la que está, atravesando el campus universitario. No voy a la que hay en la calle donde vivo, sino que camino hasta un barrio donde nunca he vivido y donde nunca ha vivido nadie que yo conozca, y entro en una grande y casi vacía, de esas que parecen un supermercado. Puedo recordar el tipo de frío que sentí durante el trayecto, los colores concretos de ese cielo de otoño, cuál era la marca de caramelos para la tos de oferta, cómo era la ropa que llevaba la gente que esperaba en fila delante del mostrador y qué saludos y palabras triviales intercambiaron conmigo. Allí compro una prueba de embarazo y otra de ovulación.

Un acontecimiento determinante en la vida de una persona tiene el poder de fijar en su memoria los pequeños sucesos inapreciables que han ocurrido justo

antes, como si resultasen el ecosistema natural donde lo imprevisto germina, y como si, a pesar de no guardar relación con el asunto, de alguna manera estuviesen ahí para precipitarlo, para indicar un contraste, para que entendamos: así era la normalidad que luego se rompió.

Estoy segura de que pueden suceder hechos singulares antes, por ejemplo, de un terremoto aterrador, pero en las crónicas sobre el momento exacto en que el suelo se partió en dos nadie recuerda que una pareja discutía a viva voz en la puerta de la oficina de correos o que un hombre, dos calles arriba, trataba de robar violentamente una motocicleta. Se cuentan siempre las mismas escenas. Alguien dice: «Estaba leyendo el periódico cuando pasó». O tal vez: «Caminaba hacia el trabajo como un día corriente y de pronto». Todos los días extraordinarios lo son porque, antes de serlo, anticipamos que formarían parte de una masa indiferenciable de días normales. La mayor parte de las veces somos incapaces de predecir que algo así va a ocurrir, y, cuando lo hacemos, la sospecha no iguala nunca el tamaño de la sorpresa. La sospecha puede, de hecho, amplificar la sorpresa, como pueden los preparativos para un viaje acrecentar la emoción por el descubrimiento de un nuevo lugar. Mi sospecha, aunque molesta, es también pequeña, fácil de manejar.

Si compro una prueba de embarazo y otra de ovulación no es porque necesite las dos, sino para que así la farmacéutica piense que yo deseo tener un hijo y, en concreto, un segundo hijo. Imagino que, si compro una prueba de embarazo y otra de ovulación, ella sospechará que yo estoy tratando de planificar un embarazo, averiguando cuáles son mis días fértiles para maximizar las posibilidades de conseguirlo, y que entonces no me mirará con censura. Lo cierto es que las farmacéuticas no tienen por costumbre mirar con censura a nadie que solicite una prueba de embarazo y que no es habitual que hagan comentarios al respecto, pero no quiero lidiar con la idea de que una desconocida opine, aunque sea interiormente, que detrás de mi compra hay algún tipo de error de cálculo que me atemoriza. La estrategia tiene éxito, en cualquier caso. La farmacéutica me explica cómo funciona una prueba de ovulación y me desea suerte.

Escucho con paciencia la retahíla de instrucciones, aunque yo ya sé cómo funciona una prueba de ovulación porque destiné mucho tiempo a investigar todas las circunstancias que propician un embarazo cuando trataba de ser madre por primera vez. Traer al niño al mundo no fue sencillo. No fue una travesía blanda y amorosa, sino un proyecto enormemente técnico. Durante aquel tiempo aprendí todo tipo de cosas sobre los cambios fisiológicos que se

producen en mi cuerpo en un ciclo que nunca ha durado veintiocho días exactos, ni tampoco treinta, ni veintiséis. Soy capaz de adivinar lo que me pasa dentro del ovario izquierdo solo atendiendo a la textura de la piel de mis mejillas.

Abandono la farmacia y camino de vuelta a casa con la prueba de embarazo y la prueba de ovulación en una bolsa de papel. Recibo un mensaje de Lucía anunciándome su enfado por no sé qué cosas que a su madre le parecen disparatadas de los planes de boda, y pienso en los ritos de paso, en el hijo y en la boda, en el deseo de crecer haciendo nuestros los símbolos que nos diferencian de los adultos que conocemos, en el deseo de discutir con ellos sobre lo trivial para sentir que podemos ser como nuestras madres y a la vez ser distintas. En el deseo.

A mí, el deseo del primer hijo se me había presentado rotundo, como se supone que tiene que ser. Imaginaba la posibilidad del hijo como algo que podía proporcionarme una idea más perfecta de lo que es la felicidad. Pensaba en el hijo como un manantial. No es que ignorase que convertirme en madre sería una experiencia con aristas, o que no reparase en la dureza de la crianza ni en la magnitud del desafío. Mi deseo no era frívolo o desinformado, sino profundo, o eso pensaba; pero supe, a pesar de eso, y desde el principio, que la única manera de reunir la convicción suficiente para afrontar algo así es decidir escuchar una pequeña voz interior que dice: «A lo mejor no es para tanto». La escuchaba seguramente demasiado. La escuchaba yo y, desde luego, Miguel, que además de escucharla también la alimentaba con esa alegría franca que tienen las personas que siempre han hecho lo que hay que hacer y han caminado por donde hay que caminar con bastante éxito y sin excesivas consecuencias.

No es que pensase que el amor por el hijo sería suficiente para solventar cualquier dificultad que apareciese en el camino, sino que estaba segura de conocer bien esas dificultades y de aceptarlas. Las entendía como conflictos principalmente de tipo práctico: el cansancio, la adaptación a un nuevo ritmo doméstico, la entrega y la renuncia a placeres y tiempos que estaba por completo dispuesta a dejar atrás.

En la facultad había asistido una vez a una conferencia de una artista búlgara cuyas fotografías me interesaban mucho. Las fotografías seguramente fueran hermosas —aunque ya no las recuerdo en absoluto—, pero su discurso era un collar de clichés sobre la creación y la plenitud. Ella había puesto sobre la mesa, nada más comenzar, un bote alto de cristal, que abarrotó con piedras hasta arriba. Nos preguntó si estaba lleno. Todos dijimos que sí, interpretando

con indulgencia el papel que nos correspondía. Después, cogió una jarra de agua y la volcó dentro del bote. Por supuesto el agua ocupó los espacios vacíos que quedaban entre las piedras, y la artista dijo entonces que la satisfacción completa es algo de lo que nunca se puede estar segura. Así es como yo pensaba en el hijo, como alguien que me cubriría de una felicidad que ocupase todos los espacios de desconsuelo y de tedio.

Alguna vez he tratado de contar el tiempo que siguió a aquel deseo del hijo, un tiempo alegre y despreocupado al inicio, acuciante después. Cada mes echaba cuentas y esperaba un embarazo que no llegaba. Después, cuando llegó, tuve que afrontar la pérdida y el fracaso, y un diagnóstico difuso —abortos de repetición— que parecía no poder sucederme a mí, porque tenía un cuerpo saludable y joven. En el primer intento de escribir aquella experiencia no fui capaz de distanciarme del sarcasmo y me observaba a mí misma abrazar la frivolidad en cada frase con la intención de degradarme, y que así, explicándole a un lector que fuma en pipa que yo también consideraba ridículo aquel trance, se compadeciese de mí. No de mí como madre sino de mí como madre que escribe, y que escribe como si fuese escrita por otra, y siempre como si esa otra opinase que no hay nada interesante o literario que contar sobre una madre pero no pudiese resistir la tentación de hacerlo.

Contradiendo la intuición espontánea de vincular la escritura con la gestación —detesto por instinto a quien se refiere a un libro como a un hijo y a la escritura como a un parto—, yo nunca escribí tanto como después del primer y del segundo aborto, y nunca tan poco como después de parir. Meses antes de que el niño fuera algo suficiente como para que mi barriga abultase, hubo otro niño. Y antes de ese otro más. A pesar de que un feto de diez semanas tiene el tamaño de una uva, y un embrión de siete semanas ocupa el espacio de una semilla, a mí me pareció reconocer, de alguna manera, el momento exacto en que aquellas criaturas habían dejado de estar vivas dentro de mi vientre, aunque los síntomas tardasen en presentarse algunos días más.

Al volver de la farmacia, en el ascensor del edificio, me cruzo con la mujer mayor que vive en el octavo. Una vez me dijo que mi madre era afortunada porque yo le había dado un nieto, y que sus hijas solamente estaban interesadas en sí mismas. También me contó que su hijo mayor era médico, en concreto dermatólogo. Ignoro si ese hijo le ha dado nietos o no, pero parece evidente que mi vecina del octavo no censura que él esté interesado

solamente en sí mismo. Hago la prueba de embarazo antes de quitarme las botas y el abrigo. La dejo sobre la mesa de la sala de estar y, unos pocos minutos después, aparecen dos líneas coloreadas.

El párrafo terminaba así, pero mi amigo Andrés me aconsejó que aclarase si dos líneas coloreadas significan que la prueba tuvo un resultado positivo o negativo. Quise escribir aquí que, tal vez, este libro no sea para quien no sepa lo que significan dos líneas coloreadas en una prueba de embarazo, pero no es cierto. Lo que sí es cierto es que este libro no es para quien considere que dos líneas coloreadas en una prueba de embarazo son un asunto menos sustancial que una herida de guerra, una bandera enterrada o un avión de combate, y tampoco para quien espere que cambie manzanas y plátanos por melocotones y grosellas.

A mediodía recojo al niño de nuevo en la parada de autobús. Las rutinas infantiles son círculos que encierran el tiempo de los adultos en segmentos de obligación. Está contento, despeinado y con las mejillas encendidas, como siempre que vuelve de la escuela.

Atravesamos el parque que hay junto a nuestra casa y le pregunto si tiene hambre. Él reclama la atención para sus pisadas sobre las hojas de los árboles, que aún invaden el camino a pesar de que ya es diciembre y de que los operarios municipales suelen pasar un par de veces por semana a recogerlas. El niño me dice que los ruidos de sus pasos son rugidos y que son rugidos bonitos de hojas.

El niño forma parte del territorio de la metáfora. Se entrega a ella, inventa el idioma y las propiedades de los objetos, que casi siempre están vivos cuando los nombra. El niño guarda todo eso arremolinado en los bolsillos del abrigo: las metáforas con las piedras de distintos tamaños que recoge del suelo, los nombres de las cosas con pequeñas bolas de plastilina que ha robado en la escuela y las palabras difíciles con los muñequitos de colores que colecciona, que son de plástico aunque, en este caso, no parece importarle.

Víbora común

Algunas veces dibujo arquitecturas. Me siento, por ejemplo, en la plaza de San Roque, en uno de esos bancos de pintura verde desconchada, delante de los árboles altos, también de corteza desconchada, cuando ya han perdido todas las hojas y el invierno está próximo —siempre en ese tiempo—, y dibujo la esquina de un edificio y los detalles de su deterioro: los conductos que lo atraviesan, las cajas de la instalación eléctrica, la cartelería eventual.

Dibujo casas porque las casas están quietas y la gente no, pero escribo sobre la gente precisamente porque la gente se mueve. Si tuviese que decir una sola cosa sobre la gente que aparece en mis libros, no escogería hablar de los personajes sino de las amigas que los sostienen. Sus lecturas discretas, sus marcas provisionales sobre los manuscritos, eran antes invisibles. Ahora dejo que se queden, quiero evidenciarlas, darles el lugar que merecen, que es el de los conductos, el de las cajas de la instalación eléctrica, el de la cartelería eventual. Entran y salen del relato sin hacer ruido, dentro de él no representan casi nada, como el cableado de un edificio en el dibujo de un edificio. Pero los cables conducen la luz hacia las casas y las amigas hacen algo parecido dentro de las novelas.

Llamo a Mónica por teléfono pocas horas después de ver las dos líneas coloreadas sobre la prueba de embarazo. Me parece que ella es el interruptor exacto que necesito pulsar. Porque vive lejos —y eso es muy conveniente para las confidencias incómodas—, pero también porque es enfermera. Solemos conversar al menos un par de veces cada mes e intercambiamos mensajes con frecuencia. Casi nunca podemos vernos las caras y creo que está bien que sea así. Pienso que cuando nos encontramos, en esas ocasiones contadas, las dos hacemos el pequeño esfuerzo de romper las claves de nuestra relación de charlas ciegas, porque sabemos que es la única forma de sostenerlas. Nos decimos siempre: estoy deseando verte. Y también: qué

lástima que no puedas venir este año de vacaciones. Sin embargo, no es cierto. Mónica me escucha en silencio y yo le pregunto cuál es el procedimiento para someterme a una interrupción voluntaria —uso esa expresión exacta— y también qué me recomienda hacer.

Se lo había contado a Carlos con muy pocas frases —y seguramente gélidas— nada más regresar él a casa, en la cocina y sin pedirle que se sentase, mientras el niño jugaba en la alfombra de la sala de estar con piezas de construcción. No hubo un atisbo para la fisura entre los dos, tampoco yo lo esperaba, y como no mencioné en ningún caso la posibilidad de que aquello fuese algo diferente a un contratiempo, y desde luego no una oportunidad para cambiar nuestras vidas, él desterró de inmediato palabras como *hijo* o *embarazo* y comenzó a referirse a lo que nos pasaba como *la situación*.

Una cosa que me agrada de Mónica es que tiene el talento de hacer las preguntas idóneas para que no tengas que explicar ni que contar cosas que es posible que no quieras explicar o contar. Así que no tuve que explicarle a ella tampoco que no me sentía afortunada por un embarazo inesperado ni culpable por no desear un segundo hijo.

Yo abrigaba algunas ideas sobre el aborto, sobre los plazos y sobre las garantías, y también un temor, incomprensible o no, a tener que defenderme de las ideas de los demás. Si imaginar una mirada de censura de una farmacéutica desconocida era suficiente para incomodarme, la posibilidad de decepcionar o dañar a las personas que me quieren, y en concreto a mi abuela María, resultaba intolerable. Construía escenarios completos que difícilmente llegarían a producirse y los recreaba en mi cabeza como si fuesen fabulaciones sobre la trama de un libro. En el peor de esos escenarios, anticipaba casualidades casi imposibles. Por ejemplo yo acudiendo a un hospital público el mismo día y a la misma hora que mi abuela María tiene cita en el oculista, cuya consulta está, por supuesto, en la misma planta y en la puerta contigua a la del obstetra que me atiende a mí, un hombre de gesto huidizo —siempre es un hombre en esas fantasías— que además lleva sobre la bata blanca una identificación donde se puede leer que es el encargado de practicar abortos, y que pronuncia mi nombre y mi apellido para que cualquiera lo escuche, y después de hacerme pasar comenta en voz alta, delante de todos, *la situación*.

Tenía demasiadas ideas, y las ideas que tenía circulaban entre otros pensamientos dentro de un tornado imparable, igual que una bandada de estorninos que al volar forma una mancha espesa en el aire que se dilata y se contrae. También tenía demasiadas tristezas. Las conservaba casi intactas

desde aquel otro tiempo, cuando trataba de ser madre y los embriones se extraviaban o se desprendían del tejido endometrial como si heredasen, desde el momento de ser células, mi carácter desapegado. Supuse que a mi abuela María le parecería espantosa *la situación* y que, de saberla, yo perdería para siempre su compasión y su consuelo. Ni siquiera la falta de lucidez de ella ni el hecho improbable de que llegase a saber nada ponían límite a mi ofuscación.

Mi primer embarazo fue extrauterino. El embrión se desarrollaba cerca del ovario derecho y eso provocó una hemorragia moderada. Pasé una semana en el hospital, al principio sin comprender bien lo que todo eso significaba. Tuvieron que extirparme el ovario y la trompa de Falopio, y desperté de la anestesia en una sala fría, tratando de agarrar el lateral metálico de la camilla para incorporarme.

Toda mi familia lo supo. Mi abuela María fue la única que no me dijo que aquel embrión era un angelito o una estrella que me guarda en el firmamento de las criaturas muertas. Me preguntó solamente qué se hacía después de un aborto con los niños malogrados y con sus cuerpos, y creo que llegó a decir la palabra *cadáver*. Eso les confería a los embriones diminutos y a sus corazones latientes una entidad de criatura defectuosa. Mi abuela María arrastra siempre la pena hasta un lugar donde poder conocer las consecuencias prácticas de los hechos y, una vez que las encuentra, centra su esfuerzo en buscar soluciones para lo que tiene remedio y en comprender lo que no lo tiene. Yo le había explicado que el tamaño de aquel embrión era equivalente a un grano de arroz y que no cabía preguntarse lo que hacían con el cuerpo porque aún no era propiamente un cuerpo. Mi tío Pedro se interesó únicamente por saber si me habían *vaciado* en la operación, dando por sentado que era una palabra que yo comprendía, y que mi útero podía ser un órgano inútil y, al mismo tiempo, el único órgano que me permitiese preservarme completa.

Cuando hablo con Mónica hay algunas otras palabras violentas que se incorporan a ese grupo de fantasmas del léxico junto a la idea de las mujeres vaciadas. Me facilita el número de teléfono de una clínica privada, convenientemente lejos de mi casa, en otra ciudad, y también convenientemente discreta, a la que debo llamar para concertar una cita. Antes de eso hago una búsqueda minuciosa en la red sobre los plazos y los tipos de aborto voluntario, y también sobre los precios y los procedimientos típicos. Aparece la palabra *raspado* e imagino mi cuerpo como un recipiente

que tiene una suciedad incrustada que debe ser retirada con cualquier tipo de instrumental de aspecto deshonesto.

Las mujeres vaciadas y raspadas que yo conocía, o las que habían perdido a sus hijos, eran todas víctimas. Esas palabras representaban un estado del cuerpo que solo podía suscitar indulgencia entre las personas de bien como mi tío Pedro. Eran cántaros sin agua, piel acartonada, vasijas rotas. Para mi tío Pedro eran las pobrecitas, las medias mujeres o las mujeres con tara, aunque al menos no eran las malvadas. Las mujeres vaciadas conservaban la reputación porque estaban libres de culpa.

Estaba libre de culpa, sobre todo, Belinda, que muchos años atrás, cuando yo era una niña, formaba parte del paisaje del mes de agosto, que pasábamos en la casa de verano de mis abuelos. Su casa era azul y estaba al lado de la nuestra, que era blanca. El padre de Belinda guardaba una barca en el jardín y ella me dejaba subirme a veces, y simular que era capitana o pirata en medio de una marejada inclemente. Su nombre me parecía de una exuberancia soberbia. Belinda era una mujer de ojos grandes que llevaba siempre el cabello libre sobre la espalda. En el verano de mis nueve años tenía también un niño dentro del vientre, y los adultos le deseaban que fuese una hora corta, le preguntaban cuándo llegaría el chiquillo y ella sonreía abriendo mucho la boca y respondía que estaba «a punto de caramelo» y que llegaría en cualquier momento, cuando él quisiera.

A mí se me quedó esa frase, «a punto de caramelo», pegada en el paladar, porque el niño de Belinda nació muerto y a Belinda le arrancaron el útero. No volví a jugar con ella y creo que nunca la he vuelto a ver, o al menos eso fue lo que escribí aquí, al principio, cuando trataba de contar lo que le pasó. Mi madre me explica después que sí seguimos viendo cada año a Belinda y que, de hecho, ella aún vive allí, en la casa azul. Así que supongo que las mujeres vaciadas también se vuelven invisibles, que desaparecen del centro, que el grupo las aparta de las niñas y de la alegría hasta el punto de hacer que se marchen de la memoria de la gente y, sobre todo, de la memoria de las mujeres todavía completas.

La casa de verano tenía dos pisos. En el de arriba dormíamos mi hermana y yo, en una habitación con literas, una mesa redonda y una ventana cerrada con rejas por fuera. Las camas estaban cubiertas con colchas verdes de paño y flecos alrededor, la mesa con una funda blanca y la ventana con unas cortinas espesas que mi abuela María cerraba a las doce de la mañana, cuando entraba el sol. Cada mueble en esa casa permanecía, de alguna manera, debajo de distintos tipos de tela. Había paños de ganchillo en el reposacabezas del sofá

y en cada mesa auxiliar, y un tapete sobre el aparador de la entrada y sobre las cómodas que guardaban sábanas y toallas en el dormitorio de mis padres. En mi familia todo se oculta, todo se tapa, todo se protege de la mirada casual.

En todo caso, ahora ninguna de esas cosas existe. Los objetos fueron vendidos o regalados, la casa tuvo nuevos dueños durante un tiempo y, poco después, fue derribada. En su sitio construyeron otra más grande. No sé si es también más bonita o más moderna, porque no he vuelto a pasar por allí.

En el jardín de atrás había un arbusto de hortensia donde una vez mi padre mató una víbora común que apareció quieta en el camino de cemento que rodeaba la casa. Aquel día yo estaba enfadada porque la tarde anterior había dejado junto a la escalera de fuera un muñeco con el que solía jugar a las mamás y, cuando fui a buscarlo, por la mañana, ya no estaba. En rigor, era el único muñeco que tenía y no me divertía en exceso jugar a las mamás. Lo había puesto al sol para que se le secase el pelo justo después de bañarlo en la fuente. Con poca convicción, lloré por la desaparición del muñeco y me referí a él como *mi bebé*. La abuela María me llevó entonces al pueblo con la promesa de comprarme otro y, al llegar allí, escogí un cesto blanco y un timbre para ponerle a mi bicicleta. Así que no llegué a ver la víbora. Me lo contó todo mi hermana, por la noche, las dos acostadas en las literas, ella en la cama de abajo, yo en la de arriba, sin vernos las caras, igual que cuando converso con Mónica por teléfono. Oíamos de lejos los ruidos de los adultos cenando en el piso de abajo. Me dio todo tipo de detalles poderosos.

Me contó que la víbora estaba preñada y que las serpientes pequeñas le salían del cuerpo por un agujero. Yo le dije que era imposible porque las serpientes son animales ovíparos, pero me juró que era verdad —y lo era: las víboras comunes paren a sus crías—. Me explicó que eran como dedos de gelatina translúcida atravesados por hilos de sangre. Los imaginé como una mano viscosa, no como un manojo de cosas sino como una única cosa cuyas partes se continúan unas a otras, igual que en esa imagen de la serpiente que muerde su cola y representa algo que nunca se acaba.

La víbora había salido de debajo del arbusto de hortensia y yo no me he vuelto a acercar a ninguno, y creo que aún me dan miedo esas flores y que por eso me fijé tanto en aquel pétalo desprendido de la corona de boda de Lucía en el aeropuerto, como si fuese una levísima aparición del pasado o un presentimiento del futuro.

Llamo a la clínica media hora antes del horario de cierre. Mientras hablo por teléfono con la mujer que lo atiende, que no se identifica —ignoro si es una recepcionista o alguien del personal médico, pero supongo que más bien lo primero—, dibujo con un bolígrafo en el papel de mi agenda. Hago serpientes y flores, que son en realidad líneas y círculos, porque no sabría dibujar serpientes y flores que se identificasen fácilmente como tales.

Antes dije que dibujo casas porque están quietas, pero casi nunca dibujo, por ejemplo, árboles, aunque los árboles no se muevan tampoco al ritmo suficiente como para que se modifique su forma durante el tiempo que yo tardo en dibujarlos. Las cosas vivas tienen una impronta de estarlo que es difícil de trasladar al papel. Los árboles inclinan sus hojas hacia la luz. No se puede dibujar un árbol y colocar las ramas de cualquier manera o simplemente como a una le parece recordarlas, porque su gesto indica que están vivos, que están condicionados por el cambio y que ese cambio no tiene que ver solamente con el efecto del viento sobre ellos o con la intervención de las personas en sus superficies, sino con un movimiento interior. Nunca dibujo la vida, que es imparable y autosuficiente. Sí los vehículos, las estatuas, las antenas parabólicas sobre los tejados: lo que alguien ha puesto ahí, nunca lo que ha crecido.

Dibujo siempre y solamente lo que es estéril.

3

Ese lugar

La recepcionista me explica el proceso a seguir, como si no tuviese que buscar las palabras mientras habla sino únicamente recordarlas. Solo cuando le hago preguntas logro una fractura en su discurso que hace posible diferenciar lo que me dice de una locución. El primer paso es acudir a la clínica para una primera consulta. Allí me harán una ecografía y datarán el embarazo. No debo preocuparme, porque todo indica que es muy reciente, seguramente de cinco semanas y unos pocos días.

Después, se trata de escoger una opción. Por debajo de siete semanas es posible que la interrupción de un embarazo sea un procedimiento exclusivamente farmacológico. Me entregarían la medicación necesaria, un comprimido oral, que puedo tomar en la propia clínica, y otro que tendría que introducirme como un tampón, un día más tarde, en casa. Es el método más sencillo, pero me advierte de las consecuencias: una hemorragia previsiblemente intensa, calambres en el abdomen y cólicos, que trataríamos con analgésicos. Ella no dice —estoy segura— la palabra *consecuencias*, sino alguna otra expresión menos comprometida, como efectos secundarios o algo así. Mi cuerpo haría todo el trabajo.

La otra opción es que ellos se encarguen: concertaríamos una cita para una intervención con anestesia local —dilatación del cuello del útero, introducción de una pequeña cánula y aspiración del tejido—. En ese caso debería permanecer un par de horas en la clínica recuperándome de la anestesia o de la sedación, y después, al regresar a mi casa, probablemente experimentaría molestias leves durante algunos días. Si me sintiese culpable, supongo que me parecería un castigo insuficiente.

Me dice la recepcionista que la mayor parte de las mujeres, si pueden, escogen la primera opción, porque es menos invasiva y ofrece más garantías en el caso de embarazos incipientes. A mí me parece que la escogen porque es

más privada y porque, a lo mejor, imaginan a sus abuelas paseando casualmente por la calle donde está la clínica, entrando en ella porque han confundido el local con una lavandería, y también que, por supuesto, nadie les impide atravesar desorientadas el corredor hasta el quirófano en la búsqueda de un edredón o de un abrigo que tiene una mancha de café en la solapa y encontrar allí a sus nietas adormecidas con las piernas abiertas.

La recepcionista me dice también el precio de cada una de las opciones, que varía según el tipo de anestesia escogida, y, de nuevo, no usa la palabra *precio*, sino *tarifa*, igual que antes no ha dicho *consecuencias* sino *efectos secundarios*. Carlos y yo comenzamos a hablar de las opciones para *la situación* y de las tarifas y los efectos secundarios de cada una de ellas, adoptando el léxico propio, el que más eficazmente borra los hechos.

Decido que escogeré el segundo proceso, el que sea más rápido y el que requiera de menor participación por mi parte, si es posible. Cuando se lo digo a Carlos, asiente sin sorpresa. Me molesta no poder atribuirle ningún defecto a su conducta, ningún descuido. Asume el papel de alguien que sabe bien que no debe interferir en decisiones que atañen a un cuerpo ajeno, sino acompañarlas, y lo hace con un exceso de tacto, como si estuviera adiestrado, como si fuese un protocolo.

Me disgusta también que la cita para la primera consulta se retrase hasta el viernes, porque entiendo que eso significa que tendré que esperar aún hasta la siguiente semana para la intervención, pero me aseguran que procurarán que se produzca el lunes o el martes como muy tarde, para que todo termine cuanto antes. Calculo que, entre la intervención y la posterior revisión protocolaria, el proceso completo no finalizará hasta pasada la Navidad, y deseo que los días se hagan más breves de lo que son. Me parece ahora, tiempo después, que todo transcurrió de manera ágil y diligente, y que difícilmente puede pedirse más rapidez. Sin embargo, aquella semana fue una de las más largas que he vivido. Mi hijo retiraba cada mañana una chocolatina sorpresa de su calendario de Adviento y yo tenía la sensación de mirar el calendario con una impaciencia parecida a la de él.

Sueño con partos durante varias noches. Algunas veces los protagonizo yo, otras estoy presente por razones que no se explican. En dos de esos sueños, el niño llega al mundo dentro de la bolsa amniótica sin que la bolsa amniótica se rompa. El parto con manto es sumamente infrecuente, aunque suele aparecer como una rareza en los libros sobre el embarazo porque, de alguna manera, es también hermoso o especial. El mismo nombre resulta extraordinario: parto con manto o parto velado. Parece indicar algún tipo de

protección o de secreto, una magia antigua. Sobre los niños que nacen dentro de la bolsa amniótica intacta se dice que traen consigo el signo de la buena fortuna, que su nacimiento los protege de morir ahogados en vida o que están dotados de poderes extraordinarios. Sin embargo, en no pocas ocasiones, alguien rompe la bolsa amniótica artificialmente con cierto tipo de instrumental médico en el curso de un parto hospitalario, para acelerar el proceso.

Cinco años antes, yo había notado la rotura impetuosa y espontánea de la bolsa del hijo que llevaba en el útero, algunas horas antes de parir, mientras cocinaba. Me sentí defraudada. El niño era todavía una idea sin concretar, a pesar de que se moviese apasionadamente dentro de mí y de que algunas veces hasta fuese posible adivinarle un pie o una mano a través de la piel deformada de la barriga. Después me metí en la ducha y el líquido amniótico, caliente y brillante, no dejaba de caer mezclado con el agua limpia, como si fuera infinito. Era un día de sol un poco esquivo. Me refiero con esto a que era un día de sol en un tiempo que no le corresponde, y que por eso una percibe que en cualquier momento desaparecerá el buen tiempo, o que es un regalo engañoso. En la casa donde vivía entonces con Miguel había una terraza luminosa, y por la ventana del cuarto de baño, a la izquierda de la ducha, toda la luz de esa terraza, y también los colores de las flores y de las plantas, atravesaban el cristal translúcido con alegría.

Miguel me dejó en la puerta del hospital mientras aparcaba nuestro coche y en el mostrador de admisión me preguntaron si estaba sola y si quería llamar a alguien. Yo pensé que nunca más volvería a estar sola, que a partir de entonces estaría siempre con mi hijo y él conmigo, y que no quería a nadie más a mi lado porque me bastaba con mi bebé. Casi olvidé que Miguel regresaría pocos minutos más tarde para romper aquella soledad rotunda y atrevida. No había espacio para ningún tipo de prevención o temor por el parto, solamente un poder radiante, un deseo audaz.

Recuerdo que pensé todas esas cosas como si fueran ciertas y también con una alegría sincera, que se consumió en pocas horas como una nieve que no llega a cuajar y, al mezclarse con la tierra o con la suciedad de la acera, pasa a ser otra cosa que nadie quiere mirar. Durante las horas que mi hijo tardó en nacer me pareció que las enfermeras y la ginecóloga simulaban que yo no existía. Comenzaron a referirse a mí sin usar mi nombre. Ni siquiera hablaban conmigo, pero cuando hablaban de mí, entre ellas, me llamaban siempre la madre. Así fue como, en el curso de un solo día, mi hijo no fue el único en salir de mi cuerpo sino, sobre todo, yo misma, que ya no era yo, porque era la

madre. «La madre está colaborando bien», dijo la matrona cuando el niño asomaba ya la cabeza entre mis muslos. Como si la madre tuviera otra alternativa.

En el informe del ingreso hay una anotación que explica que fue un parto precipitado, pero nadie me lo explicó a mí. Las contracciones del útero comenzaron a las dos de la tarde, levemente molestas. Cuatro horas después mi hijo estaba ya sobre mi cuerpo y yo, aturdida, trataba de recuperar el movimiento de los pies, colocados en los estribos de la cama de partos. Me parecía sentir hormigas corriendo sobre ellos. Mi cuerpo era un territorio que no me pertenecía. Desde mi posición podía ver el techo y los ojos de quien me rodeaba, mi brazo estaba conectado a los tubos por los que me administraban una solución salina y sobre mis rodillas había una sábana estéril de hospital de color verde o azul. Traté de recordar o de ordenar en el tiempo algunos acontecimientos de las horas anteriores, por ejemplo la entrada del anestesista que me había inyectado la epidural en la habitación. Me había indicado apresuradamente que debía estar quieta porque era bueno para mí y que me ahorrara las quejas, como si yo fuese una niña caprichosa que él tuviese que poner en su sitio.

Cualquier tipo de alegría que yo hubiera sentido alguna vez antes, no solamente en el momento de llegar al hospital sino en toda mi vida anterior, se transformó con el nacimiento del niño en una extrañeza sutil, y fui incapaz de compartir la excitación del padre de mi hijo ni de interpretar las felicitaciones del personal médico como algo dirigido a mí.

En realidad no iban dirigidas a mí, sino a la madre, que era otra persona en la que me había convertido de un momento a otro. Aparentemente los meses de embarazo no habían sido una pista suficiente de que eso sucedería. Attendía perpleja cuando me llamaban así y, aunque al principio era algo que hacían los demás, enseguida acepté que resultaba inevitable y comencé a hacerlo yo también, disimulando un papel que no percibía como propio. Cuando alguien decía el nombre de mi hijo para llamarnos a los dos, por ejemplo en la sala de espera, antes de una revisión pediátrica, yo levantaba la mano. «¿Es usted la madre?», preguntaba un hombre o una mujer cualquiera, sin rostro, y entonces le respondía que sí. No decía «sí, soy yo», sino solamente «sí», porque yo ya no era yo. Era la madre.

Mi hijo no parecía distinto a cualquier otro pequeño mamífero no humano. Eso es una evidencia con la que no contaba en absoluto hasta el mismo instante del parto. Nació unas semanas antes de lo que le tocaba y, en las primeras horas, examiné con horror ese diminuto cuerpo de dos kilos

cubierto de una pelusa fina y suave, que tardó algún tiempo en desaparecer por completo. Su piel era amarilla al principio, no como una yema de huevo, sino como un limón. La matrona me explicó que muchos bebés nacen con ictericia, que muchos bebés nacen también con pelo en el cuerpo, y que muchos bebés nacen, sobre todo, un poco antes de lo que les corresponde y están, por eso, a medio hacer. Los nombres técnicos no me proporcionaron ningún tipo de consuelo. «No se preocupe por él», comentó.

No me preocupaba. No por él. Dije que no quería amamantarlo. Sin hacer ningún tipo de pregunta al respecto me trajeron dos comprimidos blancos que debía tomar juntos para evitar que los pechos empezasen a producir la leche materna, y creo que me los tomé con esperanza.

No podría explicar por qué no quise amamantarlo. Fingía sentir lo que debía y hablaba con las visitas de toda la felicidad que me había traído aquel niño perfecto pero, a la vez, tenía la urgencia de separarme lo máximo posible de mi cuerpo de madre, con la expectativa de recuperar algo del anterior. Una enfermera del turno de noche me trajo un biberón que parecía de juguete, con leche de fórmula para el niño. Como si fuese una confidencia, o algo que no debía contarse pero que realmente era la verdad, me explicó que hacía muy bien, que dar el pecho era muy esclavo y que los niños se crían exactamente igual, contradiciendo cualquier tipo de evidencia científica. Caí justo después en un sueño profundo y Miguel se encargó de cuidar a mi hijo, de atenderlo cuando lloraba y de alimentarlo cuando correspondía. Desperté al amanecer. Entonces, la misma enfermera que me había hecho confidencias y había aprobado mis decisiones de madre por la noche me miró desde el fondo del pasillo con profunda censura, supongo que por la abnegación que no me había molestado en representar.

A pesar de las precauciones, dos días más tarde, ya en casa, noté unas gotas de leche aceitosa derramadas en el pezón de mi pecho izquierdo y la camiseta empapada. También noté un dolor que me recordaba a otros dolores pero no era como ellos. Sentí mis pechos endurecidos, en rebelión: mi cuerpo era tierra bombardeada. Me acostumbré a encontrar en la ropa interior grandes coágulos de sangre que parecían hígados de pollo y a envolver el torso con vendas de compresión, entre las que colocaba bolsas de verdura congelada que se ablandaban poco después.

Un niño tarda nueve meses en formarse dentro del útero y nacer, pero nadie sabe cuánto tarda en formarse y nacer una madre. No la madre que un niño concreto necesita, sino la madre que esa mujer quiere ser. Después de parir yo no estaba interesada en que las otras madres me hablasen de la

alimentación de los niños, ni de los objetos de puericultura ni de los cursos de natación para bebés, sino de cómo habían perdonado a sus hijos por descomponer a la mujer que ya no eran. No me bastaba con saber que, de alguna manera enrarecida, yo amaba a mi bebé. Necesitaba entender por qué, tal vez para que las cosas cambiasen. Pero las mujeres de la sala de espera del pediatra nunca hablaban de sus hijos y yo tampoco hablaba del mío. No hablaba nunca.

Una madre reciente es una mujer de luto por esa otra mujer que deja atrás. Ese luto nunca se acompaña, se viste de fiesta, se adorna con vestidos nuevos y ropa pequeña atestada de lazos de satén. Ningún otro cambio exige tanto como contrapartida ni, sobre todo, tanto silencio. Cuando alguien abandona su país porque ha aceptado un trabajo nuevo y excitante en la otra punta del mundo, cualquiera entiende que la emoción o la alegría, si aparecen, vienen mezcladas con la incertidumbre y la nostalgia. En el caso de una madre reciente nunca es así. Una madre reciente es un lugar donde la controversia o el arrepentimiento no caben, porque todo debe ocuparlo la felicidad.

Y yo no quiero volver a ese lugar.

Un regalo

Visito a mi abuela María uno de los días previos a la primera cita en la clínica, justo después del almuerzo. Escojo esas horas porque me parece que suele estar más lúcida. En el camino que rodea la casa, antes de entrar en ella, me fijo en las camelias. En la casa de los abuelos las hay de dos tipos, blancas y rosadas. Las blancas florecen antes, a mediados de diciembre. Me lo dijo mi abuelo, hace muchos años, y me lo repitió algún tiempo antes de morir, así que es algo que recuerdo siempre al verlas. Sin saber por qué, lo tengo presente.

La casa de los abuelos está en lo alto de una colina, en la parte elevada de la ciudad. Cuando compraron el terreno me llevaron allí el día de Santa María. Mi padre, con una piedra pesada, hizo un rectángulo en el lugar donde después construyeron la casa, para que yo la imaginase, y entendí que aquello también era algo mío. Había una mesa plegable y una sombrilla, y comimos todos juntos mejillones con limón y ensalada. Por la noche vimos los fuegos artificiales de la fiesta sobre el cielo del barrio. A mí me abrigaron con una chaqueta grande de mi tía, que tenía entonces dieciséis años. Metí las manos en los bolsillos y dentro había un mechero. También era algo mío no decir a los adultos que en los bolsillos del abrigo de mi tía había un mechero.

Después de construir la casa, en un lateral, cavaron entre todos el hueco para instalar una piscina redonda. Hicieron una cadena humana, sacando capazos de tierra cara el exterior. No sé cuántos días tardaron. Recuerdo, eso sí, cuando trajeron la piscina, que era una cubeta rígida, azul por dentro. Yo me bañaba con un flotador infantil con cuello de cisne mientras mis tíos y mis padres tomaban el sol en tumbonas, mirándome. Siempre he tenido miedo al agua, pero que me mirasen todos ellos era garantía suficiente para saberme a salvo de un ahogamiento.

Mi abuela está sentada en la butaca más cómoda de la sala de estar, junto a la silla de ruedas que necesita para desplazarse con la ayuda de tío Pedro, que vive con ella y que la cuida a diario. Le doy un beso en el pelo y le cuento lo de las camelias, pero no le interesa en absoluto. Me pregunta qué día es. Algunas veces esas preguntas son como las barandillas que mi tío colocó en el pasillo cuando la abuela María todavía caminaba. Ella usa las respuestas para trasladarse por la conversación: qué día es hoy, qué hora es ya. Le digo que es jueves y me pregunta por la altura del mes y por el cumpleaños de papá, que es un poco antes de Navidad.

Me habla entonces del parto de mi padre, su primer hijo. Cuando comenzó a sentir los primeros dolores no supo interpretarlos bien. No estaba segura de estar a punto de parir. Fue igualmente hasta el descampado donde ponía siempre la ropa a secar. Y la tendió, creo. Después regresó a casa y no tuvo tiempo de llamar a nadie. El niño nació sin intervención de la partera, sin compañía. Cuando relata su primer parto habla del bebé con agradecimiento. Era diminuto, *parecía un monito cuando nació*. Pocas veces antes habíamos tenido una conversación así y me parece inoportuna.

Me habla también de mi tío Pedro, que nació con una luxación en el brazo. De lo delicado que era ese hijo, de lo especial. Me habla de mi tía cuando era niña, ruidosa y resuelta, apasionada. Me habla de mi tío el más joven, el único de sus hijos en nacer en un hospital; de cómo la cosieron después del parto y entendió que llevaba años sufriendo secuelas reparables de sus partos anteriores. *Antes era así*. Tiene para cada hijo un adjetivo exacto, que aún sirve para explicar quiénes son. Mi abuela María logró comprender algo sobre sus hijos que a mí se me escapaba entre los dedos cuando el mío nació. De alguna manera ella supo por qué los amaba tanto en cuanto salieron de su cuerpo, y yo no.

Cuando mi tía murió, una tarde luminosa como esta, mi abuela esperaba a que llegasen las peores noticias del hospital sentada en la cocina sin decir nada. Era el último día de muchos meses de enfermedad y deterioro, pero todavía no lo sabíamos. Fui a verla algunas horas antes de que pasase y entré en su casa por la puerta del balcón, desde el jardín. Solíamos usar siempre la del garaje, pero aquel día ella había abierto todas las puertas y todas las ventanas y se formaban corrientes de aire que atravesaban rápidas los pasillos y las estancias, como si la casa entera fuese un corazón abierto a las inclemencias del tiempo, un corazón que no se contiene a sí mismo, que se deja ir o que abandona la esperanza de resguardarse. Me fijé también entonces en las camelias del exterior, que comenzaban a caer. La camelia es la única

flor que cae al suelo sin romperse y lo hace poco antes de la primavera, cuando todo lo demás emerge. La casa fría, como casi nunca; mi abuela con una bata verde de invierno, como casi siempre. Pasó hace muchos años y ella aún caminaba por sí misma. *Nunca me voy a curar de esta pena*. Con el paso del tiempo, su dolor se ha vuelto cada vez más profundo y cada vez más callado: es así como mi abuela entiende que debe dignificar la tristeza.

Desde que mi tía murió, la abuela María suele repartir sus cosas en cuanto se presenta una oportunidad de hacerlo; quiere despedirse de nosotros cada día, como si el tiempo que vive fuese un tiempo que está de más, que ya le sobra. Me pide que abra el cajón de su cómoda y que escoja algo de lo que hay en él, lo que yo quiera: una pulsera, una virgen, un colgante, cualquier objeto que sea suyo. Me aturden de nuevo sus intentos por decir adiós de manera definitiva. Me relaciono mal con la llegada de cualquier tipo de final, como si aceptarlo fuese una cosa obscena, pero hay algo todavía más obsceno en negar la evidencia de que mis seres queridos son mortales.

Un tío de mi padre, a los noventa y cuatro años, se sometió a una pequeña intervención para reponer la pila de su marcapasos. El cirujano le indicó que ese tipo de pila dura una década, y mi padre le dijo entonces que no tendría que preocuparse de ella hasta la siguiente intervención, como si fuese cortés suponer que habría una siguiente intervención diez años más tarde y maleducado dar por sentado que no. Murió a los noventa y seis, antes de que eso pasase, como era previsible.

La abuela María me repite que soy su primera nieta y que ya no tiene ninguna hija mientras yo pelo una manzana para que se la tome a media tarde. Me pregunta dónde está el bebé y qué he hecho con él. La pregunta suspende la conversación en el aire durante unos pocos segundos mientras sujeto el cuchillo con una mano y la fruta a medio mondar con la otra. Pienso, claro, en la prueba de embarazo, en la llamada a la clínica y en mi pánico permanente a ser descubierta, pero, a pesar de todo, soy capaz de separar lo imaginario de lo improbable y entonces le cuento algunas cosas sobre mi hijo, suponiendo que se refiere a él y que mi abuela ha perdido cualquier noción sobre la edad del niño.

Lo cierto es que ella pregunta, en realidad, por mi padre. Me doy cuenta enseguida. Entiendo que nada de lo que le cuento sobre mi hijo le sirve como respuesta y que quiere saber dónde está aquel otro bebé, el suyo. Entiendo también que ella es capaz de concebir que yo sea su nieta y que, a la vez, exista en alguna parte, todavía del presente, un bebé a quien ella quiere y a

quien ella cuida, como si le quedase una memoria antigua pero aún refulgente sobre esa etapa de su vida.

Mi tío Pedro me explica después que la abuela habla con frecuencia de cuidar a un niño, y que la neuróloga del hospital ha recomendado alguna vez que le comprásemos un muñeco para que ella lo cuide, porque parece que ese juego es consolador o beneficioso para las personas que han perdido la noción de la realidad o del tiempo. Me entrega un trozo de papel sobre el que anotó la dirección de una página web donde es posible adquirir —a precios desorbitados— muñecos hiperrealistas de los que se usan en el cine. La premisa me espanta, pero le prometo que me encargaré del asunto para cumplirle a mi abuela el deseo de depositar sobre alguna cosa los afectos que recuerda.

Después de la merienda, tío Pedro y yo la ayudamos a lavarse las manos en el cuarto de baño. Mi abuela María es una mujer que cumple siempre con rituales, que son muchos y muy precisos, habitualmente amables. Mi tío trata de respetar cada rutina y cada manía que ella ha construido durante años, aunque nunca acierta en la forma. Cuando mi abuela podía moverse por sí misma, se ocupaba de peinar los flecos de las alfombras del pasillo varias veces al día y pasaba la mano por su superficie para que todas las fibras de lana estuviesen dispuestas en el mismo sentido. Todavía ahora, inmediatamente después de lavarse las manos sentada en la silla de ruedas, limpia el lavabo esmeradamente, lo mejor que ella puede, y tiene allí una toalla de diario para secarse, una toalla bonita para cubrir la toalla de diario y un paño fino, que casi siempre es rosa, para borrar las gotas que se quedan en el lavabo después de abrir el grifo. No es tolerante con los rastros.

Ser decente es algo que a ella le importa. Ser decente tiene que ver, para mi abuela María, con dos ideas. La limpieza, sobre todo, pero también la evidencia de que hay una manera idónea de hacer cada cosa. Guarda bragas y camisones sin estrenar por si tuviera que ir al hospital, y es fiel a la misma marca de detergente. Padece cada cambio. No tolera perder el control. Tiene una despensa bien aprovisionada de productos de distinto tipo: seis paquetes de arroz, dos botes de suavizante, preparados para que haya de todo en cada momento.

La conversación de mi abuela María gira normalmente alrededor de dos temas. Suele hablar de las novedades que hacen interesante su vida diaria: *el cerezo ha dado flores, tu tío trajo caramelos de tofe*. Y también de la carencia, del contraste entre la vida diaria de antes y la vida diaria de ahora. Si quiere contar algo de su vida de antes lo hace siempre explicando lo que no

había: *no había televisores, no había caramelos de tofe*. Y lo hace como si fuera algo imposible de contar, como si resultase insuficiente enumerar las cosas que no tenía para que nosotros entendamos lo que verdaderamente significaba no tenerlas.

Cuando yo era niña me gustaba mucho que me contase historias de cuando ella tenía mi edad. Nació en una casa pequeña, con tierra batida en el suelo. Una vez me contó que no tuvo cuarto de baño ni agua corriente hasta que se casó. Tampoco tenía más que un par de zapatos, que usaba solamente los días especiales. De joven, calzaba zapatillas todo el tiempo. Cuando iba a la ciudad, caminando, lo hacía con los zapatos en la mano, y solo se los ponía al llegar al centro. Antes de la adolescencia casi siempre iba descalza. Las señoras le miraban los pies desnudos y una le dijo una vez que era una lástima que una niña tan bonita fuese tan sucia, y le dio una moneda. Ella siempre ha sido espléndida con las propinas, con los regalos para los nietos, con la comida y con las invitaciones. Siempre ha ofrecido lo que tenía, y siempre sin que se notase. Me enseñó el nombre de las flores más adecuadas para hacer un regalo: que no sean nunca rosas (porque son presuntuosas), pero que tengan valor sin que nadie lo perciba, como los tulipanes, que son bonitos y, sin embargo, ocupan poco espacio. La mezquindad de quien tiene y no da le ha parecido siempre el peor de los defectos, pero no le gusta la ostentación.

Y a lo mejor por eso, mientras le lavo las manos me ofrece un jabón decorativo que hay colocado junto al grifo, con perfume de lavanda, porque ella ya no lo va a usar. Me dice que me lo lleve a casa, o que se lo dé al niño, que tiene forma de delfín y está segura de que le gustará porque esas son las cosas que les gustan a los niños. Intenta convencerme de que le hago un favor, de que le molesta el jabón ahí donde está, de que en realidad lo compró para mí, aunque lleve veinte años en el mismo sitio. Y tío Pedro me mira con un gesto conformado, como queriendo decir que son cosas tuyas, que no le haga caso, y entonces yo le digo que traeré un día al niño para que ella misma le dé el jabón, y le hablo de las camelias que han empezado a florecer en el camino y del frío de diciembre. Nos despedimos poco después.

Cojo un autobús hasta la parte baja de la ciudad y camino a casa sin prisa por llegar. No me espera nadie. Carlos está trabajando en el rodaje de una serie de televisión que se graba en un pueblo de costa. Contactaron con él una semana antes desde una productora en la que alguien lo conocía tangencialmente por otro motivo, para proponerle que se encargase de ensayar el acento de la zona con las actrices protagonistas. Filman algunas escenas nocturnas en la playa y no regresará hasta la madrugada. El niño está en casa

de su padre, seguramente cenando o ya dormido. Me sorprenden las luces de Navidad del centro comercial, que se ven a lo lejos. Recuerdo que tengo que comprarle a Lucía un regalo de boda y que no puedo retrasarlo más.

Ya en casa, me dejo caer en el sofá de la sala de estar antes de cenar un plato de sopa que hay en la nevera, como si regresase de un viaje. A lo mejor es así. Abro el ordenador portátil y busco un billete de tren que me lleve a Madrid para asistir a la boda de Lucía el treinta de diciembre. Después introduzco en el navegador la dirección y la contraseña de la lista de regalos virtual del enlace, y escojo un electrodoméstico pequeño que se ajuste a lo que quiero gastar. Escribo un mensaje escueto con mis mejores deseos para la feliz pareja, aunque sé que ellos cambiarán todos esos regalos de boda —y, a lo mejor, también todos esos mejores deseos— por cualquier otra cosa.

Recalo finalmente en la página web de los muñecos hiperrealistas que la neuróloga nos ha recomendado. La sucesión de fotografías de bebés de silicona me atemoriza. En un lateral de la página se habla del propósito terapéutico de los muñecos, pero la mayor parte de las personas que los compran tienen un objetivo distinto. En el mejor de los casos, la colección. En los casos más perturbadores, el juego. Vi un reportaje de la televisión extremeña donde entrevistaban a una mujer que tenía tres. Llevaba siempre uno de ellos a todas partes, le compraba ropa en tiendas de moda infantil y explicaba varias rutinas diarias, de mañana y de noche, que ejecutaba simulando que era un niño verdadero. Nunca hablaba de sus muñecos como objetos ni como algo que ella hubiese comprado, sino usando los nombres que les había dado al *adoptarlos*. La mujer del reportaje tenía dos hijas, una adolescente y otra de nueve años. Ninguna participaba en el juego de su madre, pero parecían alegres y despreocupadas con la situación.

La empresa que nos recomendó la neuróloga pone atención en que el aspecto de toda la página web sea neutro y civilizado, y en ella siempre se incide en los usos de los muñecos seguramente más fáciles de aceptar para el común de la gente. El catálogo destaca el pintado esmerado de las imperfecciones en la piel de los muñecos y la suavidad del plástico, el proceso artesanal y laborioso, la forma de las manos, la postura anatómica de los brazos y la caída de la cabeza, su peso y también su gesto. Las instantáneas resultan indiferenciables de una fotografía corriente de un bebé vivo.

Escojo el que me parece más bonito y menos temible y, después de pagar por él, un correo electrónico automático me indica que llegará a casa dentro de una semana. También es posible encargarse un muñeco que se parezca a un

niño concreto, a un niño existente, aportando una o varias fotografías. En ese caso, la lista de espera para recibirlo es de nueve meses. El proceso me parece perturbador, pero pienso que a lo mejor no debo darle ningún significado y que será mi regalo de Navidad para la abuela María, aunque no estoy segura de si la abuela María será capaz de identificar la Navidad cuando llegue.

Supertramp

Las clínicas privadas para interrumpir un embarazo se parecen a las clínicas privadas de fertilidad. En ellas solo hay personas que están allí por una imperfección delicada, que no confesarían a la primera de cambio a propios y extraños. Tienen ambas un aspecto de consultorio médico de mentira, falsamente acogedor. En las clínicas privadas de fertilidad hay fotografías colgadas en las paredes: mujeres sonrientes y paisajes tranquilos, o mujeres sonrientes en paisajes tranquilos, casi siempre acompañadas de hermosos bebés de piel sonrosada que podrían aparecer en el catálogo de muñecos de silicona donde escogí el de mi abuela María. Los sofás son blancos y los muebles de maderas claras.

En las otras clínicas nada es blanco. No hay mamparas diáfanas, no se respira un ambiente de pureza y una puede encontrar cartelería de colores sólidos —verde, negro— y esconderse detrás de cristales translúcidos. Hay un mobiliario idóneo para la compasión y otro mobiliario idóneo para la indulgencia. Sin embargo, algo decisivo une los dos lugares: ese estilo de oficina, esa sensación de que tan importante es el escenario como la escena que nunca he sentido en un hospital público. La distancia entre el lugar donde esperan las buenas madres y el lugar donde esperan las madres arrepentidas es breve y ambigua.

Acudo con Carlos a la primera de las citas para interrumpir mi embarazo tal y como había acudido con Miguel, cinco años antes, a una clínica de fertilidad en la búsqueda de una explicación para lo que nos ocurría —después del segundo aborto— y con el deseo de tener un hijo, algo que por entonces parecía irrenunciable. Un malestar es gemelo del otro, aunque la impaciencia sea de distinto signo. En los dos casos sucede un viernes.

La ginecóloga que me atiende es también parecida a la que me había atendido la otra vez y me dice exactamente las mismas palabras: que estoy en

el lugar indicado y que tienen mucha experiencia prestando ayuda a mujeres como yo. A lo mejor el gesto de la segunda es más prudente, la inflexión de sus frases menos familiar, su bata algo menos blanca y su consulta también menos iluminada. Me hace una ecografía rápida y confirma el tiempo de embarazo, seis semanas y seis días. Después trata de convencerme con poco afán de que el aborto farmacológico es menos invasivo y de que aún estoy a tiempo —el límite son siete semanas— de que todo se resuelva naturalmente en mi propia casa. Finalmente me da cita para la segunda opción pasado el fin de semana, el veintiuno de diciembre, nueve días antes de la boda de Lucía.

En la clínica de fertilidad también habían usado conmigo palabras como *opción* o *ayuda*, pero en aquel momento las había interpretado como una jerga destinada a disimular las esquinas de una circunstancia triste. Las mismas palabras, cuando rodean el aborto, parecen tener la función de evitar los nombres vergonzosos de cada cosa. Ninguna de las mujeres de la sala de espera está acompañada excepto yo. Hay dos mujeres solas, de mirada discreta, y Carlos es un intruso, una anomalía. No recuerdo que Miguel lo fuese cinco años antes. Allí solía haber parejas que esperaban juntas y algunas tenían un niño de pocos meses en el regazo. El resto de los pacientes miraban —mirábamos— a esas parejas, que ya habían tenido hijos, con suspicacia. Yo las consideraba personas avariciosas a las que no les bastaba con un bebé rechoncho y babeante y querían otro más, otro que, a lo mejor, no les correspondía, porque parecía justo creer en la conveniencia de un reparto igualitario de los bebés.

Cuando nació mi hijo esas madres avariciosas me parecieron mucho mejores que yo. No solamente habían aceptado con alegría la llegada de sus hijos, sino que habían logrado encajar con la estampa exacta de la satisfacción y la entrega y estaban dispuestas a repetir el proceso aunque ya conociesen las consecuencias. Eran como aquella otra madre radiante que me dijo una tarde, al verme con el niño dentro de la mochila portabebés en el mostrador de la biblioteca, que ella tenía tres en casa —de cinco, ocho y doce años— y que tendría más si pudiese, que se pasaría la vida entera criando niños porque no hay nada que se pueda comparar a esa felicidad. Me produjo tristeza o reparo que ella buscase con esas palabras mi complicidad. Reconozco que la juzgué, como juzgaba a todas las buenas madres, y que no era capaz de notar los pliegues por debajo de las cosas que ninguna de ellas decía o hacía, porque las miraba únicamente a través de la escafandra distorsionada de mi propia experiencia.

Después de la consulta, Carlos y yo regresamos por la autopista conversando. Diría que animadamente, pero no es exacto. Yo recordé aquellos otros viajes con Miguel a la clínica de fertilidad, los dos en silencio, mirando pasar los cables del tendido eléctrico por la ventanilla del coche. A lo mejor ya estábamos dejando de querernos entonces y por eso nos decíamos poco. Después, cuando el niño nació, no nos decíamos casi nada, y se fue instalando entre los dos una evidencia difícil de concretar. Dejarnos ir fue tan sencillo como lo había sido encontrarnos aquella otra vez en una fiesta, como si supiésemos de antemano que habría un final y los últimos años estuviésemos simplemente esperándolo, igual que se sabe que un tulipán en un florero va a morir al cabo de un tiempo y se observa su deterioro en el agua hasta que llega el día en que ya es ineludible deshacerse de él y pasar a otra cosa, agradeciéndole el tiempo en que fue hermoso.

Entre Carlos y yo apenas hay silencios, él encuentra siempre la manera de decir algo. Me habla de la primera vez que vio la nieve y me cuenta algunas anécdotas del rodaje de la serie de televisión en la que trabaja. Pongo un disco de Supertramp, en concreto *Crisis? What crisis?*, que comienza con un silbido. No quiero que el trayecto termine porque la inercia de los desplazamientos es para mí como un bálsamo. Durante los primeros meses de vida de mi hijo, cuando no sabía qué otra cosa hacer, solía sentarlo en el carro de paseo, ajustarle el arnés y salir a caminar por la ciudad dejando que pasara el tiempo. Solamente así conseguía algo de calma en los momentos más oscuros.

En una ocasión, después de varias horas paseando, cogí con él el autobús urbano de vuelta a casa. Esperamos en la parada algunos minutos y traté de proteger el niño de la lluvia estirando la capota del carro de bebé. El autobús apareció sin que lo viese llegar, torciendo la esquina de la calle más rápido de lo habitual, y se paró delante de nosotros con un frenazo que provocó las quejas de los pasajeros que iban dentro. Durante un segundo imaginé un accidente con todo tipo de detalles. El golpe, como un temblor de tierra. Probablemente mi cuerpo en el suelo, la cabeza a la altura del asfalto y, desde allí, una visión espantosa de las ruedecitas del carro del niño debajo del autobús urbano. Imaginé con espanto la muerte de mi hijo y, al principio, me pareció que esa representación me convertía en una buena madre, porque yo no deseaba que él sufriese ningún tipo de accidente y aquello provocaba en mí un dolor inconsolable. Después me di cuenta de que, en la escena, era yo quien se salvaba. Ahora, cada vez que veo una madre en la ciudad empujando

un carro de bebé, me pregunto qué estará pensando, si va a alguna parte o a ninguna, si también ella está tratando de huir.

Yo había concebido la vida con mi hijo, antes de parir, como algo similar a patear en una piscina y conservarme a flote, como una actividad frenética que produce cierta clase de cansancio. No era así. Lo que parecía sencillo —alimentar al niño, dejarlo dormir, mantenerlo limpio, caliente, con vida— era un complicado equilibrio. Después de regresar a casa y recibir visitas, y después de las semanas de licencia por paternidad de Miguel, me quedé sola en un páramo uniforme de apatía, y todo lo que debía mantenerme ocupada y alerta provocaba sobre mí un efecto anestésico. Los días eran lentos y morosos.

El niño apenas mostraba interés por succionar. Después de cada biberón, al incorporarlo en el regazo, vomitaba y rompía a llorar. Muy temprano, las sábanas de motivos infantiles se cubrieron de manchas que no se iban con los lavados, y también los pijamas pequeños y la ropa de los dos. Cada día yo colocaba sobre la báscula de la cocina una cubeta de plástico que antes servía para llevar ropa mojada desde la lavadora hasta el tendal y acostaba a mi hijo sobre ella envuelto en una fina manta de algodón, esperando un aumento de peso que no llegaba.

En su segundo mes de vida, y después de una docena de visitas desesperadas a urgencias, le descubrieron al niño una leve anomalía digestiva. Eso me confortó, o confortó a la madre que yo era, no sé bien por qué. Me alejó levemente de la idea de que estaba enloquecida. Le prescribieron leche de fórmula hipoalergénica, que tenía un olor denso a vainilla artificial, y a mí un psicofármaco todavía más adormecedor que el que ya tomaba, para calmar los nervios. Debió traerlo antes, dijo un enfermero. La madre debió informar de que el niño vomitaba *así*, le escuché comentar a una doctora detrás de la puerta entornada de la consulta. Y la madre se quedó callada, avergonzada, pequeña. Y yo, dentro de ella, también.

Cuidar de mi hijo significaba una especie de desaparición paulatina, y creo que dejé de producir pensamientos, excepto los que tenían que ver con la preocupación. Cuando alguien trataba de mostrar comprensión o interés por saber cómo estaba yo y, en concreto, por si el niño me dejaba dormir o por si los hábitos de cuidado eran asfixiantes, a mí me parecía como si hablasen de otra persona: el agotamiento de los brazos no era comparable al letargo enfermizo de la cabeza, por el que nadie me preguntaba nunca.

El niño dormía durante horas sin despertar ni molestarme, pero las rutinas eran siempre accidentadas de una manera u otra. A pesar de todo, cualquier

problema parecía excesivamente pequeño para concederle verdadera importancia, y desde luego no estaba a la altura de los efectos que provocaba sobre mí. Las cosas no marchaban bien porque yo era una madre insuficiente y muchas veces pensaba que una mañana cualquiera, al levantarme de la cama, descubriría que el bebé había dejado de respirar algunas horas antes y que todo terminaría así, por mi culpa.

Una de esas mañanas noté que el niño tenía los párpados cubiertos por una película verde y viscosa y lo llevé al hospital enseguida, dejando la ropa en el suelo, la casa sin recoger, los pañales sucios rodeando el cubo de la basura y la ventana de la cocina abierta. Le administraron un antibiótico para la conjuntivitis y trataron de convencerme de que todo estaba bien. Lactante hidratado, afebril, buen tono muscular, reflejos correctos. Que no debía alarmarme por cualquier cosa, dijeron. Entendí que se puede ser simultáneamente esa madre insuficiente que no ha informado de que el niño vomitaba *así* y también una de esas otras madres que molestan por cualquier nimiedad en las urgencias de pediatría. No había espacio para la ambivalencia, ninguna de las dos madres recibió ni siquiera una limosna de comprensión, pero creo que preferí la censura con la que me trataron la primera vez a la condescendencia con la que me hablaron la segunda.

Nada de lo que hacía y nada de lo que me contaban bastaba para alejar el presentimiento de que cualquier error que yo cometiese podía precipitar un acontecimiento espantoso, así que en un momento de lucidez perturbador abracé la resignación como estrategia. No fue un resquicio de valentía, sino una saturación del temor. Acepté lo terrible y dejé de estar continuamente asustada para estar tan solo triste. Decidí que haría lo que se supone que hay que hacer: alimentar al niño cuando llorase, dejarlo dormir, mantenerlo caliente y limpio, esperando que día tras día no dejase de respirar. Decidí que no haría más preguntas. Sería una madre instintiva y primaria, que no pensase en nada, y me pareció que debajo de mi desaparición podía haber algún atisbo de esperanza. Si eso bastaba, mi hijo sobreviviría, y si no, un día me despertaría y encontraría su cuerpo malnutrido en la cuna, y luego afrontaría lo nuevo que pasase, ya vería cómo.

Mi hijo no dejó de respirar nunca, una noche detrás de otra. Había, supongo, leves marcas de amor rodeando aquel tiempo. Aparecían algunas veces, de manera súbita. Cuando se quedaba dormido por las noches, en ocasiones yo encontraba cierto sosiego al mirarlo tranquilo y satisfecho en la cuna y se me ocurría pensar que el niño era perfecto, y entonces me felicitaba por esas emociones, que me parecían correctas. Una tarde, de paseo por el

parque con Miguel y con el niño, el aire levantó la manta que le cubría las piernas en el carro y yo se la coloqué veloz, ajustándola alrededor de su cuerpo, y le toqué la cara suavemente para comprobar si estaba fría. El niño me miró con sus ojos inexpresivos de criatura y sonrió. Entendí que era una sonrisa verdadera, dirigida a mí en particular, porque me había reconocido y porque agradecía las sensaciones agradables que acababa de proporcionarle. La sonrisa se repetía cada vez con más frecuencia a medida que el niño crecía, pero enseguida perdió cualquier efecto. La sonrisa se convirtió en un sello para estampar tinta: el primer estampado, con el sello recién introducido en el tintero, era nítido y alegre; los siguientes eran una copia cada vez más imperfecta y borrosa de aquel primero, hasta que finalmente dejaron de significar algo.

Me resulta siempre difícil reconocer los afectos desde una clave emotiva. Como escribo habitualmente en la cocina, que está en medio de la casa, Carlos pasa con frecuencia a mi lado y me deja una caricia leve en el pelo, o pone una mano en mi hombro. No me desagrada, pero es un gesto que únicamente registra mi cuerpo y que no se traslada a la cabeza como una cosa que realmente haya sucedido. Yo enuncio siempre con palabras muy precisas cualquier emoción. Algunas veces le pido a Carlos, que es de afectos intuitivos y de gestos tangibles, que me diga con frases completas lo que significan esos gestos: que me diga que me quiere o que me extraña. Esas frases que explican la conducta me producen sensaciones más certeras. El contacto físico es un acompañamiento agradable alrededor de ellas, como una blusa cómoda o la brisa del aire acondicionado, pero no tiene significado. Con mi hijo ese registro era imposible porque nada de lo que él hacía era consecuente o estructurado y, por lo tanto, no existía ningún tipo de comunicación entre él y yo que me fuese posible traducir.

Nunca recuperé mi cuerpo, y el tiempo hizo también su trabajo sobre él. Lo que era al comienzo el escenario de una guerra que acababa de librarse fue transformándose en un paisaje conocido con el que me conformaba. Las marcas del conflicto permanecieron en forma de leves cambios en la configuración de mis caderas y también en cicatrices interiores, que todavía me provocan, de vez en cuando, dolores inoportunos.

La distancia en coche entre mi casa y la clínica privada donde me practicarán un aborto el primer día de invierno se corresponde con la duración exacta del cuarto disco de Supertramp. Se lo cuento a Mónica en un mensaje de texto nada más aparcar. Me sugiere que puedo escribir, de alguna manera, sobre las sensaciones que estoy experimentando. Mis amigas, en concreto las que no escriben, parecen concederle a la escritura un poder sanador. Sin embargo, la escritura nunca repara nada, no cauteriza herida alguna y tampoco la abre decididamente. A lo mejor solo trata de adivinarles el brillo propio.

La única escritura que me parece útil es hacer listas. Pienso en todos los partos que me han contado alguna vez y anoto el nombre de todas las madres que conozco en un cuaderno, unas detrás de las otras, en vertical: mi abuela María, mamá, mis tías, Belinda, una víbora común, yo. Y Celia.

El punto de la i me queda parecido a un acento y trato de corregirlo con el bolígrafo, agrandándole el diámetro hasta hacerlo grueso y circular, para que cubra la marca inicial. Después tacho la palabra entera y la escribo de nuevo: *Celia*.

6

Celia

Aunque todas las demás teníamos catorce o quince años, Celia ya había cumplido dieciséis y repetía un curso. Había llegado a nuestras vidas en septiembre. Esas dos circunstancias la convertían en una extraña, pero también en una autoridad. Allí, sobre la rampa, una tarde de primavera, nos contó que había conocido a un tipo por internet y que ahora era su novio, y lo primero que pensé fue que a mí aún no me había bajado la regla, como si esas dos cosas, tener novio y tener la regla, estuviesen relacionadas igual que una semilla y su árbol.

Tumbadas al sol, antes de las clases de la tarde, el tiempo se dilataba como el asfalto de la carretera general que pasaba a apenas doscientos metros de distancia del patio del colegio. La espera es ese lugar en el que caben cosas infinitas porque, cuando una está esperando algo, no siente la urgencia de hacer nada. En ese momento de cada jornada permanecíamos en calma tensa, acomodadas unas al lado de las otras, observándonos, compartiendo a veces deseos sobre el futuro, como si la vida fuese algo que aún no ha sucedido, tratando de adivinar cómo será todo lo que está por llegar.

Celia no hablaba mucho de sí misma y, si lo hacía, parecía reservarse lo importante. Había vivido en ciudades grandes, al menos dos, a las que se refería con desapego, como si fuese una experiencia común. Creo que esa era su manera de hablar de todo y, aunque entonces a mí no me daba la impresión de que lo hiciese para que admirásemos su sofisticación, probablemente fuese así. Pronunciaba mal algunas letras. Arrastraba la lengua hasta la parte de atrás de los dientes cada vez que tenía que decir la ce de su nombre y el resultado, en mis oídos, sonaba muy refinado. Me recordaba un poco a las protagonistas de las telenovelas venezolanas. Cada vez que la escuchaba, me fijaba en aquellas ces.

Yo no consideraba a Celia guapa en especial, pero lo era. Me gustaba, eso sí, su pelo rubio y enredado y las caracolas que se le formaban sobre la frente. También sus ojos grises, que le conferían una expresión inteligente. Sus pechos y sus caderas tenían formas que la hacían parecer mayor que yo y mayor que las demás. Me intimidaban igual que los cambios en mi cuerpo. A la vuelta de las vacaciones, el profesor de matemáticas me dijo, sin venir a cuento, que me faltaba un verano para convertirme en una mujer. Me pareció algo espantoso: una promesa de cambio indeseada. Y algo más. Me pareció que aquellas palabras en la boca del profesor de matemáticas eran restos de pasta de dientes en la lengua que una tiene que tragar con desagrado y sin darles importancia, a pesar de sentir asco.

Algún tiempo antes, mi madre me había llevado al ginecólogo por primera vez. El ginecólogo era el mismo médico que me trajo al mundo, un hombre amable de quien no recuerdo nada más. Le dijo a mi madre que, a mi edad, debía comprarme sujetadores para que el pecho no creciese caído y mi madre me compró algunos en una mercería de nuestro barrio. No eran como los que llevaba Celia, con tirantes estrechos que se le adivinaban sobre los hombros. Parecían iguales a las camisetas interiores que yo había llevado siempre, piezas enteras que me ponía por la cabeza, solo que cortadas por encima del ombligo. Todos los sujetadores eran blancos y de algodón, con una leve forma de corazón a modo de escote y una florecita de satén en el centro o sobre la goma del contorno. Los detestaba tanto que solía esconderlos en el fondo del armario, junto a las sábanas de muñecos de mi cama de niña.

Aquella tarde, de camino a la fuente del patio de atrás del colegio, nosotras dos solas, Celia me dijo que mi manera de vestir disimulaba el verdadero potencial que yo tenía. Se refirió así a mi cuerpo, como algo potencial, como si el cuerpo infantil no fuese aún nada, excepto todo aquello que, a lo mejor, podía llegar a ser. Me preguntó si era buena callando secretos, y yo lo interpreté como una prueba de que se interesaba por mí y quería que fuésemos amigas.

Mientras caminábamos, censuró mis pantalones deportivos y mi camiseta y me detalló el tipo de ropa que debía ponerme para ser como ella. Los pantalones de campana alargaban las piernas y creaban la ilusión de una silueta en forma de reloj de arena. Las botas de plataforma, cubiertas por el bajo del pantalón, harían que ganase los centímetros que me faltaban para parecer una chica alta. Un top, necesariamente corto, que dejase ver parte del abdomen y con el escote en forma de pico —y esto me lo dijo cogiéndome del brazo— completaría el conjunto perfecto.

En el conjunto perfecto pensaba yo mientras ponía las manos en forma de cuenco para beber. Celia lo había hecho antes, directamente de la fuente, recogiendo la coleta y aproximando peligrosamente el labio al grifo metálico, contra el que tropezó uno de sus pendientes de aro. Cuando las dos acabamos de beber sacó del bolsillo del pantalón vaquero un panfleto de color violeta que le habían dado en el centro de salud y me mostró una cajita blanca de píldoras redondas y amarillas: «Son para no quedarse», dijo. Debí de mirarla como si fuese un fantasma. «Embarazada, ya sabes», añadió. Dos galaxias en colisión no producirían un choque tan violento como mi mundo contra el suyo.

Celia tenía un cerco de salsa de tomate alrededor de la boca, oscura. Oscura la boca y oscura la salsa de tomate. Su manera de comer espaguetis en el comedor escolar era asombrosa, sin envolverlos con el tenedor, solo capturándolos en el plato para llevárselos a la boca de cualquier forma y después sorber cada uno de principio a fin. Por eso alrededor de su boca se formaba un círculo granate, que ella limpiaba más tarde con un pañuelo de papel, nunca del todo. Y durante las clases de la tarde permanecía en su rostro. Parecían marcas de pintalabios. Así la recuerdo en aquel momento preciso.

Se decían todo tipo de cosas sobre Celia. Se decía, por ejemplo, que Celia era un poco esa palabra con pe que termina en a —siempre he tenido amigas cursis—, que se veía con un tipo mayor que ella, que iba con él en su coche al aparcamiento de la piscina municipal por las noches, que usaba maquillaje porque en realidad era fea, que su madre o que su padre —dependía de la versión— estaban muertos, que la habían encontrado vomitando en el cuarto de baño del gimnasio y que eso era una señal inequívoca de que estaba preñada. Nunca supe si alguna de esas cosas que se decían era verdad. El día que terminaban las clases me dio una bolsa pequeña que llevaba dentro un trozo de tela púrpura y brillante. Era un top de licra, corto, con escote en forma de pico, sin etiqueta: «Es un regalo, para que te lo pongas», me dijo. Y también me guiñó un ojo. Yo nunca antes había tenido un top. Nunca antes, a ninguna otra blusa o camiseta, le había llamado así. Lo cierto es que después de aquel curso nunca volví a saber de ella y que alguien me contó que tuvo un hijo al poco tiempo, y me juró que la había visto por la calle con el bebé en brazos. Me dijeron también que se había marchado a Tenerife a trabajar en un hotel, pero nunca fui capaz de confirmarlo.

No consigo explicarme por qué el recuerdo de Celia regresa a mí en los momentos oscuros, como una flor que surge en un lugar extraño, sin que

exista ninguna relación entre la causa de mi oscuridad y lo que ella representa, que es luminoso. No comprendo qué es lo que la trae a mí de vuelta únicamente en esas ocasiones y por qué la olvido en todas las demás. Durante los últimos años la he buscado muchas veces, por su nombre y por el apellido que recuerdo, aunque no estoy segura de recordarlo bien. Quiero saber más sobre ella, sobre todo si ese niño que me dijeron que tuvo existe o no. Si existe, calculo que ahora tendrá catorce o quince años, los mismos que tenía yo cuando conocí a Celia. Les pregunto por ella en ocasiones a algunas amigas de aquella época, pero para ninguna significa casi nada. A veces veo a una mujer que se le parece en la calle, en el dentista o en los informativos, en un plano de una avenida concurrida el primer día de rebajas o en una secuencia de imágenes que se repiten en bucle con personas que caminan de un lado a otro después de un atentado en una ciudad europea.

En el fin de semana que pasa entre la primera consulta y la cita para el aborto quirúrgico veo a mi madre y le pregunto también por Celia. Soy más específica que otras veces, más insistente, pero no me dice casi nada nuevo. Quedo con ella el sábado en la cafetería Exágono, que ahora ya no se llama así, en la parte nueva de la ciudad. Que era bonita —dice—, que tenía los ojos grises, peculiares —cree—, que era distinta a todas nosotras. Que le parece recordar que alguien le contó alguna vez que Celia trabaja ahora en un bar de la ciudad que se llama igual que un lugar de Norteamérica, a lo mejor Texas, a lo mejor Alabama, pero que ha pasado tanto tiempo de eso que, tal vez, ni siquiera recuerde bien. «Quién sabe lo que ha sido de ella», dice finalmente, y cambia de tema. Me pregunta si quiero pedir un sándwich mixto para merendar, y no está bromeando. Cuando tenía nueve años, ninguna otra cosa me parecía tan moderna como pasar la tarde del sábado con mis padres en una cafetería que tuviese nombre de figura geométrica y merendar un sándwich mixto y un zumo de melocotón agitado por un camarero. Las cafeterías del Ensanche, durante los años noventa, tenían todas nombres que buscaban una sofisticación defectuosa. Algunas aún conservan parte de esa voluntad. Las personas también.

Después compramos regalos de Navidad, que es el motivo de nuestro encuentro. Mi madre tiene una lista completa con ideas para todos los miembros de la familia que anticipa una tarde larga. Me hace opinar sobre, al menos, una docena de camisones de seda para mi abuela María; le sugiero discos y libros de fotografía para mi hermana, bufandas para tío Pedro, bolígrafos con recambios para mi padre y todo tipo de objetos curiosos e inútiles para mis primos. Después pasamos algún tiempo en una tienda de

bicicletas tratando de encontrar la adecuada para mi hijo, y mi madre escoge de un catálogo una de color azul cobalto, con un cesto delantero y un timbre histriónico en el manillar, que prometen enviarnos justo antes de Nochebuena.

La acompaño a su casa para ayudarla con las bolsas y se me ocurre revisitar el armario de mi antigua habitación mientras espero a que llegue mi padre para saludarlo. Quedan pocas de mis cosas de adolescente, me he ido desprendiendo de ellas con el paso del tiempo, pero en la parte alta, dentro de una caja —sabía que estaría allí y que no me había querido deshacer de él—, encuentro aquel top púrpura que Celia me regaló, cubierto, eso sí, de una película verde y mohosa de humedad. Imagino su cuerpo dentro de la prenda, la imagino hablando de cualquier cosa y pronunciando sus ces extrañas y seductoras. La imagino también a ella cubierta de una capa de olvido que casi se puede palpar, igual que el moho sobre la tela.

El momento más oscuro

El momento más oscuro fue una noche de sábado, cuando el niño ya había cumplido nueve meses. Él jugaba con un submarino de plástico entre las manos, sentado en frágil equilibrio dentro de la bañera a medio llenar de agua tibia. Mientras aún salía agua del grifo, dejé caer un hilo de champú infantil para que se formasen burbujas. Quería sorprenderlo.

El niño recibió cada pompa de jabón con exclamaciones ininteligibles y se quedó también pasmado con las ondulaciones del agua. Había en su gesto asombrado una emoción que yo no era capaz de compartir. La alegría de mi hijo dejaba en mí un poso de soledad, que era distinta a cualquier otra clase de soledad que yo hubiese experimentado antes de ser madre. Me parecía todo dulcemente trivial y también, de alguna manera, terrible.

El niño era hermoso como cualquier bebé. Sin embargo, no era especial, ni tan hermoso como parece en las fotografías. Su pelo comenzó a caerse por partes al poco de nacer y se volvió difícil de acomodar. En varias zonas de su cabeza no había pelo en absoluto. Sus ruidos no siempre eran encantadores y su cara se congestionaba con cada esfuerzo. Tenía en todo momento ese aspecto de criatura, esa condición de animal, que me atemorizaba un poco. Su ánimo solía oscilar entre el desmedido entusiasmo por un acontecimiento absolutamente vulgar, como la sombra de sus propios pies, y el enfado ante casi cualquier circunstancia que, por causa desconocida, le resultase molesta. Muchas veces yo pensaba que aquel hecho trascendental de convertirme en madre no era nada extraordinario y que, a lo mejor, no era culpa mía. A lo mejor aquel hijo era incapaz de convocar en mí esas emociones primitivas, casi mágicas, que los otros hijos les provocaban a las otras madres.

Cualquier pequeño arañazo fortuito que el niño sufría al vestirlo, con el borde mal limado de una de mis uñas o al llevarse autónomamente un juguete con esquinas a su boca pequeña, me hacía sentir culpable, como si fuese

responsable a todas horas de la preservación de un organismo vivo de milagro y, además, como si no fuese nada mío y por eso no tuviera derecho a estropearlo. Todo lo que mi hijo había modificado, no solamente las rutinas sino, en especial, los significados de las cosas triviales, actuaba sobre mí igual que una película delgada que me conservase prisionera en el interior de una pompa de jabón irrompible, no porque no pudiese romperse sino porque no debía, bajo ninguna circunstancia, ni siquiera si la circunstancia era que yo así lo deseara. Al mirar al niño en el agua, mojado y brillante, mientras sumergía el submarino de plástico hasta el fondo de la bañera para festejar que el juguete volviese a emerger de inmediato, imaginé que mis dedos eran finos como agujas y también agudos y punzantes, y que con ellos hacía estallar la quebradiza armonía de la nueva vida doméstica, que desaparecía en el aire con un estallido discreto como si fuese una ilusión que nunca hubiera existido.

La fragilidad del niño era incontestable. El niño era susceptible de sufrir cualquier tipo de accidente fortuito, cualquier enfermedad mortal. El niño no podía defenderse de nada, tampoco de mí. Lo saqué de la bañera y lo arrojé con una toalla estampada con patitos amarillos de mirada perdida. Lo acaricié más que otros días. Le puse después crema hidratante por todo el cuerpo. Le pasé un peine de goma por la cabeza en vez de secarle el pelo con dos gestos rápidos con la propia toalla, como solía, y después, seco y lustroso, fragante a colonia infantil dentro de un pijama limpio, se lo di a Miguel como si fuera un paquete, y él se encargó de prepararle el último biberón del día y de acostarlo. Yo me acosté también, me cubrí la cabeza con el edredón, fingí que estaba enferma y que no quería cenar nada. Seguramente lo estaba, porque siempre sentía un leve dolor de estómago y otros síntomas de malestar parecidos. Apagué la luz y me quedé despierta durante varias horas, en silencio.

Esa noche tuve la impresión de no ser capaz de cerrar y abrir los ojos de manera involuntaria, y de tener que meditar cada pestañeo. También me pareció que, si los cerraba, podía perderme en una caída libre y oscura dentro de mi propia cabeza. Algunas veces, en aquel tiempo, estaba convencida de que mi cuerpo había perdido la capacidad para cualquier acción automática y, con frecuencia, sobre todo al final del día, no podía tragar alimentos sólidos sin percibir que me ahogaría con cada bocado, por pequeño que fuese. Acostada en la cama, imaginé que, si apretaba suficientemente los puños, sería posible, simplemente, desaparecer, y entonces los apreté hasta dejarme marcas de las uñas en la palma de las manos. Imaginé también que mi corazón dejaba de latir de un momento a otro, o que un coágulo de sangre se

atascaba en mi cabeza, y sentí algo parecido al alivio al pensar todas esas cosas, algo parecido al consuelo.

El recuerdo de esos meses tiene para mí la impronta de un *collage*. No puedo relatarlo de manera precisa y mucho menos ordenada. Con frecuencia no recuerdo detalles de mi hijo que otras madres saben: si protestó cuando le salieron los dientes o no, qué alimentos prefería, si disfrutaba de los paseos o los detestaba. Las rutinas y los cambios de mi bebé en aquel tiempo aparecen, cuando los recuerdo, como una pintura cubista donde se mezclan escenarios y objetos que no se continúan naturalmente unos a otros: un árbol del que nace un reloj, un brazo que termina en una campana, un útero que contiene flores con raíces largas que flotan en el aire. Miguel solía encargarse de todo lo que era urgente y yo lo acompañaba en un mutismo tranquilo, confiando mi futuro a la ayuda profesional que, muy delicadamente, él había sugerido buscar y yo había aceptado.

Mi hijo tiene una fotografía de casi todos los días que ha vivido. Al menos tiene una o dos por semana, que documentan de manera detallada acontecimientos trascendentales, como el primer día de escuela o la fiesta de cuando cumplió cinco años, y también totalmente corrientes. Si reviso mi teléfono móvil, está decididamente invadido por sus gestos y sus ocurrencias: una construcción de piezas de madera, un dibujo de barcos, una sonrisa infantil a la que le falta un diente. Sin embargo, hay un agujero negro de fotografías entre el segundo o el tercer mes de vida y su primer cumpleaños. Desde el día que nació, las imágenes se van volviendo cada vez menos numerosas. Hay meses en los que no lo fotografié ni una sola vez.

Le pido a Miguel que comparta conmigo fotografías de aquel tiempo y me trae un disco duro portátil con más de quinientas instantáneas del niño. Cuando me veo en ellas, apenas me reconozco. En las fotografías actuales, mi hijo y yo aparecemos frecuentemente cogidos de la mano, o en un abrazo espontáneo, o acostados en el sofá, con las cabezas pegadas. En las fotografías del disco duro de Miguel, en cambio, casi siempre sostengo al bebé por la cintura. Procuro mantenerlo erguido, pero también separado de mi cuerpo. Detrás de mi sonrisa no hay nadie que se parezca a mí, pero nunca tengo otra expresión que no sea la sonrisa, que es tirante y esforzada. Me pregunto por qué me importaba tanto sonreír para la posteridad.

Sentía que estaba representando la función de una impostora y lo sentía de muchas formas distintas. Cuando sacaba al niño en el carro para ir al supermercado y agradecía los cumplidos de las mujeres mayores que me felicitaban por tan lindo bebé, lo sentía. Cuando visitaba la farmacia para

comprar aquellos botes tan caros de leche de fórmula hipoalergénica y no me permitía torcer el gesto, lo sentía. Cuando pasaba por casualidad delante del cine y orgullosamente ni siquiera miraba la cartelera de las películas que no podría ver, lo sentía también. Participaba de la mentira. Y la mentira era un elefante rosa que ocupaba la casa sin que nadie se atreviese a señalarlo con el dedo, un elefante rosa que a todas horas decía en voz alta: nada es comparable al amor maternal.

Nunca he experimentado el amor maternal. He escrito esta frase muchas veces, de maneras distintas, y normalmente acompañada de un alegato sincero pero desmesurado a mi favor. Algunas veces creo que una frase así no puede decirse sola, y entonces añado a su lado unas pocas líneas más, y anticipo que las cosas fueron mejores después, que no hubo ninguna persona que le pusiera nombre a lo que me pasaba mientras me pasaba, ni que me ofreciese ayuda desde el principio, y que, a pesar de todo, ya no estoy en ese lugar. Lo cierto es que cuando reviso estas líneas, con frecuencia las retiro. Las recupero algunos días después. Si permanecerán aquí o no es para mí todavía una pregunta.

Nunca he experimentado el amor maternal porque no quiero a mi hijo por el hecho de ser su madre, sino por quién es él; porque no me pertenece, le pertenece al mundo; porque no lo instruyo ni lo dirijo, solo lo acompaño, como él me acompaña a mí. Me ha llevado mucho tiempo averiguar que el vínculo entre el niño y yo no era necesariamente un imán o una magia, aunque parezca ser así para otras madres y, en concreto, para la mayor parte de las madres de las ficciones. El descubrimiento fue revelador: si el vínculo no era hipnótico e instantáneo, entonces podía, igual que había hecho con cualquiera de las otras personas que amaba, construir el amor maternal, como quien construye un tejido de punto y le da forma a un jersey.

Cuando era niña le pedí a mi padre una muñeca como regalo de uno de sus viajes y él me trajo un tren de madera. Supongo que con un tren de madera es imposible entrenar el amor maternal, y he llegado a pensar que en esa carencia estaban las raíces de mi insuficiencia. Cuando el niño nació, pensaba todo tipo de cosas que hoy me avergüenzan. Aquello me había enfadado mucho. Yo quería una muñeca para poder apretarla por las noches y sentir que dormía con alguien. El tren era bonito y fingí que no tenía importancia, pero cuando lo miraba entre los otros juguetes de la habitación, ya adolescente, me recordaba a mi soledad infantil. A aquella soledad la llamaba «el agujero». Algunas veces, cuando me sentía triste, me pegaba a la falda de mi madre y, señalando mi propio abdomen, decía: «Mamá, el agujero

está aquí, otra vez». Más tarde, cuando ya fui algo mayor, me compraron uno de esos juguetes electrónicos con una pequeña pantalla en la que aparecía un huevo o un muñeco pixelado que había que alimentar y cuidar. El juguete se presentaba como una mascota virtual y tenía pocas funciones además de esas dos, pero, dependiendo de los cuidados que le proporcionase, cambiaba de forma y expresaba algunas emociones primarias. Lo agarraba en la cama por las noches y lo que más me confortaba era meterlo dentro del pijama, cerca del pecho, apagado, y acariciarlo con los dedos hasta quedarme dormida.

Durante los primeros meses del niño, sentía el agujero continuamente. Durante el día previo al aborto quirúrgico, casi cinco años después, ese hueco no está localizado en mi abdomen sino en mi futuro inmediato. Que sea domingo lo estimula, sobre todo porque no es un domingo corriente sino el domingo inmediatamente anterior a Navidad. La mayor parte de las tiendas están abiertas el domingo anterior a Navidad y ese tipo de excepciones a la norma resultan confusas para las personas desempleadas y para las que marcamos nuestros propios días de descanso y de trabajo sin prestar atención al calendario. La sensación se parece a la de un eclipse de sol equivocando el reloj interior de los pájaros y me ha asaltado muchas veces antes, con efectos parecidos.

Por la mañana camino con pasos lentos hasta la tienda de ultramarinos donde habitualmente compro pan y fruta a diario, tratando de ocupar el mayor tiempo posible con cada actividad, para no presentir el día siguiente. En el mostrador hay una caja de cerezas llegadas de Chile y quiero comprar unas pocas, pero la dependienta me dice que no son cerezas para mí, que es mejor esperar a las cerezas del verano. Le cuento que las frutas de verano son mis favoritas y hablamos de fresas, de frambuesas, de variedades de cereza y de melocotón.

Hablamos también de los días en los que yo buscaba moras con mi abuela María detrás de la verja de la casa de verano, donde crecían las zarzas, enlazadas en el alambre. Ella me enseñó a escoger las más oscuras y a perdonar a las rojas y a las moteadas, con la esperanza de que en el curso de las semanas cambiasen de color y se volviesen dulces. Detrás de la casa había una fuente de agua que venía de la montaña; allí mi abuela lavaba las moras y descartaba algunas, después las mezclábamos con azúcar.

Una vez me dijo, no sé por qué razón, que los frutos rojos son el alimento de las criaturas mágicas que viven en el bosque. A mí me contrarió, porque siempre había entendido que las criaturas mágicas no necesitan alimentarse. Le cuento esto también a la dependienta de la tienda de ultramarinos y ella

promete que me guardará la primera caja de cerezas que llegue en el mes de junio. Traigo manzanas a casa y también un pedazo de bizcocho de naranja, para alimentar la espera.

8

Primer día de invierno

El niño se levanta temprano y contento el primer día de invierno y me pregunta cuántos días quedan para la función escolar de Navidad y para el momento de abrir por fin los regalos bajo el árbol. Le digo que en casa de la abuela María no habrá árbol alguno, tal vez un niño Jesús de porcelana rodeado de una cinta de espumillón, y que faltan cuatro noches para eso. Lo del árbol lo decepciona un poco, pero trato de convencerlo de que será un día de fiesta, de que veremos a mis padres y a mis tíos, de que cantaremos canciones y de que podrá ayudar a mi hermana a preparar la bandeja de los postres y de los dulces. El niño ha pedido una muñeca que tenga la barriga blanda, un cuento en el que aparezcan dos osos que sean amigos y una bicicleta. Vuelve a repetir su lista de regalos y cuenta con los dedos el número de noches que tiene que esperar para recibirlos.

Las instrucciones sobre lo que debo hacer antes del aborto quirúrgico son precisas. No desayuno ni tomo ningún líquido. Es sencillo, porque llevo algunos días sintiendo una leve náusea al levantarme, un síntoma que no había tenido nunca antes, ni durante el embarazo de mi hijo ni en los anteriores. Me pongo ropa cómoda y procuro llenar cada silencio con una charla liviana. No quiero que nada de lo que diga durante el día resulte grave o conmovedor. Le comento a Carlos que prefiero conducir yo hasta la clínica y le parece bien, a ninguno de los dos nos apasiona la conducción y pienso que me lo agradece. Dejamos al niño en la escuela y me despido de él como siempre. «Pásalo bien», le digo. «Tú también», contesta. El niño tiene un rasgo de carácter que siempre me impresiona: es excesivamente cortés, sobre todo cuando saluda y cuando se despide. Algunas semanas antes, un domingo por la mañana, al dejarlo en casa de Miguel, el niño giró la cabeza en la sala de estar mientras yo me marchaba y se puso de pie para decirme: «Que tengas un día fabuloso».

Estoy abrigada en exceso y la calefacción del coche me molesta. Cuando afronto circunstancias difíciles, me cubro de ropa. Mónica me escribe un mensaje escueto: que le cuente cómo ha ido todo nada más terminar, y me conforta que no haya ninguna palabra de ánimo en esas líneas y tampoco ninguna expresión de pesar que le otorgue a la escena algún tipo de patetismo que no corresponde. No puedo alejar de mí la sensación de vergüenza. Por el error de cálculo, por la intimidad desvelada, por el descuido. Nunca por la culpa o por cualquier tipo de disyuntiva moral.

Había olvidado cómo se pierde el sentido de la privacidad en este tipo de procesos. Vestida con una bata de hospital que se ata con un lazo a la espalda, mi cuerpo deja de ser mío al atravesar el umbral de la atención médica. Temo escuchar el corazón del embrión en la ecografía previa y concebirlo entonces como un niño, pero no ocurre, me ahorran cualquier tipo de sentimentalismo superfluo. Escojo no estar despierta durante la intervención. A partir del momento en que me acuestan en la camilla para llevarme al pequeño quirófano de la clínica empiezo a ver todos los techos del recinto. El anestesista me pide que cuente desde cien hasta cero, y veo como introduce el líquido blanco de la sedación en los conductos de la vía que antes me ha colocado una enfermera, con una aguja delicada. No siento nada más hasta despertarme.

Abro los ojos con una agitación extraña en el pecho, en un lugar que ya no es el quirófano pero que tampoco es una habitación. A mi lado hay una doctora que usa diminutivos en exceso para referirse a mí y que me dice que ya está todo, y que a partir de ahora me recomienda descansar y pasar el tiempo con mis seres queridos. Al poco rato soy capaz de levantarme. No noto nada extraño en particular, a lo mejor una molestia en el abdomen atenuada por los fármacos, que se hará más intensa algunas horas más tarde. Me visto y paso a la sala de espera, con Carlos, que me aguarda simulando leer una novela policial. Luego él, o yo, o los dos juntos, comenzamos a hacer bromas idiotas que colocan cada cosa en su lugar.

Cuando el niño nació, yo no hacía nunca bromas idiotas. Las bromas idiotas son una llave que cierra un cuarto oscuro, son un umbral que atravieso para ir al otro lado. Empecé a hacerlas una tarde, en la terraza de mi casa. El niño y yo estábamos acostados en una toalla, al sol de febrero, jugando con uno de esos rompecabezas para bebés que tienen algunas piezas de formas geométricas que deben introducirse en algún tipo de estructura con huecos: la estrella dentro del agujero con forma de estrella, el triángulo en la abertura triangular. El niño es torpe pero obstinado y pretendía hacer caber una pieza

circular en un agujero cuadrado. Luego vi llegar una araña repulsiva, con determinación, por la orilla de la toalla, a menos de un palmo de los pies de mi hijo. Las arañas me asustan. Mi madre las teme y yo las temo también, como una herencia de sus miedos primitivos. A pesar de todo, puse la mano sobre ella y la aplasté contra el suelo.

Aquel bicho terrible se convirtió en un amasijo de patas. Recogí los restos con un papel de cocina que fui a buscar dentro de la casa. Entretanto, el niño me perseguía de un lado a otro, gateando con confianza. Mientras me lavaba las manos, lo miré trepar por uno de los armarios de la cocina y le dije que podía perdonarlo por la episiotomía que me habían practicado por su culpa durante el parto pero no por aquel bicho espantoso. El niño aplaudió y sonrió como si comprendiera, mostrando algunos dientes arriba y abajo que le habían salido poco antes, y que le daban un aspecto amable, de dibujo animado. Después extendió las manos hacia mí para que lo cogiese y, una vez en mis brazos, señaló con el dedo el bote de galletas sobre la repisa. Sus manos extendidas, meses atrás, eran precisamente como patas de araña que se cernían sobre mí, amenazantes. Aquel día me parecieron consoladoras y alegres. Le di una galleta de avena y plátano y, después de morderla y lamerla por completo, me ofreció un bocado.

En cada libreta o en cada lugar donde anoté las cosas que algún día querría contar sobre el niño dejé constancia de ese momento concreto con una nota rápida pero suficiente: «Aquel día de la araña». Se lo conté también a la psicóloga que había comenzado a tratarme el mes anterior. Quise llamarla por teléfono para decirle que me había sentido por primera vez una madre tranquila y protectora, pero esperé a la consulta. Ella no le dio importancia. Atribuyó la mejoría a los nuevos fármacos, que me habían prescrito semanas antes, y dijo que aquello era un síntoma y no una causa. No desconfío de los fármacos ni de la terapia, pero son invisibles y necesito construir una narrativa de símbolos alrededor de mí para explicar la vida. Yo sé que fue una araña la que modificó el color y el aspecto de los días, y que el regreso de las bromas idiotas aflojó un poco el lazo que no me dejaba respirar.

Algún tiempo más tarde le regalaron a mi hijo una casita de muñecas de plástico, indicada para niños a partir de nueve meses. Incluía dos figuras de tamaño medio que hacían el papel de progenitores, un bebé algo más pequeño, un gato y distintos muebles —de cocina, de dormitorio—, que él colocaba de manera azarosa, construyendo escenas singulares: un lavabo al lado de un sofá, una cama en medio de la cocina. La figura que más le gustaba era la del bebé, que movía por todos los lugares sin control. Una

tarde, jugando con él, acosté al bebé en una de las camas y metí uno de los muñecos que hacía de adulto dentro de la cuna. Él rio y se alteró, muy interesado, con una alegría que me recordó a la expectación de un perro delante de una pelota mordida que le van a lanzar muy lejos. El niño actuó como si un adulto dentro de una cuna fuese una transgresión altísima. Y, sobre todo —y esto no lo olvidaré nunca—, me miró con ojos de enamorado: yo era la persona más divertida que existe y que nunca va a existir, una mujer de otro mundo, capaz de sorprender a cualquiera con su talento y sus ocurrencias.

Poco antes de cumplir un año, el niño pronunció sus primeras palabras. Antes de ellas, balbuceaba algunas sílabas con insistencia, pero lo hacía igual que agarraba pequeños objetos a su alcance sobre la mesa para arrojarlos al suelo. Las sílabas eran una cuchara, una tapa de plástico o una pinza de la ropa, y el niño había descubierto el placer de hacerlas suyas y después lanzarlas para comprobar el ruido que provocaban. Las primeras palabras eran, en cambio, convencionales —*papá, pan*—, nada que ver con las sílabas, y Miguel las anotó todas, a medida que llegaban. Las palabras son importantes para mí y aquel registro era una escalera de peldaños torpes que mi hijo subía poco a poco para entenderse conmigo.

El día de su primer cumpleaños lo llevé a ver el mar por primera vez. Me pareció que era un regalo bonito. Estaba segura de que él no recordaría nada de aquello, pero yo podría contárselo durante años, sacar algunas fotografías y guardarlo para mí. Era una mañana soleada de primavera y Miguel se marchó al trabajo temprano y, antes de cerrar la puerta, me repitió algunos detalles de la fiesta que había preparado para la tarde. El niño durmió en el coche hasta la playa con la cabeza inclinada en su asiento infantil. No le molestó que lo despertase nada más llegar a la casa de verano de mis abuelos. Aparqué delante de ella y después caminé con mi hijo en brazos hasta el arenal. Allí nos sentamos sobre una toalla y le descalcé los pies. Nada más tocar la arena lloró desconsolado, con verdadero pánico por aquel material extraño y desconocido que se extendía alrededor de nosotros, y volvió a subir a mi regazo. Lo llevé a la orilla del mar y quiso bajarse enseguida. No protestó por la temperatura ni por las olas, las celebró con entusiasmo, le gustó la arena mojada, sólida y certera. Agarrándome la mano caminó un par de pasos frágiles, y dijo «agua», dijo «sí», dijo «mamá, agua», y también dijo «ven», «mamá, ven», haciéndome un gesto para que fuésemos más lejos. Y entonces yo supe que tenía, por primera vez, un sitio adonde ir.

Durante las horas posteriores al aborto quirúrgico me acuesto en mi cama con el ruido de la lluvia contra la ventana. Miguel recoge al niño en la escuela como cualquier otro lunes y recibo una nota de voz en la que ambos cantan un villancico terrible sobre un cordero y una campana. Me quedo dormida poco después, en el silencio de la casa sin hijo. Cuando se hace de noche, recojo un calcetín que él ha dejado sobre el sofá, y también un caballito de goma abandonado en el suelo, un cuento de elefantes abierto en la alfombra y un coche descapotable de juguete delante de la puerta de su cuarto. La casa sin hijo es el lugar adecuado para una arqueóloga, las marcas de su actividad se conservan siempre, aunque él no esté. Los objetos, y también su ropa, especialmente sus zapatos pequeños, son pistas de sus costumbres.

El niño y yo no siempre nos parecemos a los otros hijos y a las otras madres, si es que hay hijos y madres que se parecen unos a otros. Somos seres equivalentes, que no desean imponerse nada, aunque yo decida cuándo es la hora de dormir y escoja qué cosas es conveniente comer y cuáles no. Lo llevo conmigo a las librerías y él se entretiene mientras yo leo la primera página de una novela. Le enseño solamente las canciones que me gustan y casi no pasamos tiempo en parques infantiles. A cambio, compro vasos y platos con elefantes y avionetas y tengo dificultades para encontrar uno normal si invito a un adulto a cenar a mi casa. Y cuando él me pregunta si alguna vez he soñado con tener una bicicleta que vuela, no respondo cualquier cosa, me tomo un tiempo para pensar, y le digo después que me parece un sistema incómodo y que para volar por la ciudad preferiría ser dueña de un globo aerostático. Nuestro mundo lo construimos entre los dos, como una zona intermedia entre lo que él necesita y desea y lo que deseo y necesito yo. Las madres deben encargarse de formar un nido con trozos de madera y cartón para cuidar de los huevos y de las crías. Mi hijo y yo hemos hecho ese nido a nuestra medida para cuidar uno del otro.

El primer día de invierno, por la noche, mi madre me llama feliz para contarme que ha comprado un pequeño árbol de Navidad de plástico y que el niño podrá abrir sus regalos debajo de él, que es un deseo que repite una y otra vez desde hace algunas semanas. La bicicleta que ha elegido para mi hijo es más grande que el árbol, pero no le digo nada. Para qué.

Un barco

Dormí inquieta y tuve sueños acelerados. El veintidós de diciembre, en cuanto me despierto, descubro una mancha de sangre sobre las sábanas de franela y las retiro de la cama con vergüenza, como si fuese mi primera regla. Carlos se había marchado a trabajar algunas horas antes, muy temprano. Noto el abdomen inflamado y, aunque el dolor es aceptable y en la clínica ya me habían advertido de que era posible que tuviese pequeñas hemorragias, llamo por teléfono a Mónica para preguntarle si todo es normal y le escribo después a la profesora de yoga para decirle que no cuente conmigo hasta después de Navidad.

Un poco más tarde el cartero me trae a la puerta de casa un sobre mediano. Es un hombre amable y me agrada. Suele introducir delicadamente la correspondencia por la abertura del buzón y, si no cabe, no fuerza el sobre por las esquinas y sube a entregármela. Tiene por costumbre conversar un poco de cualquier tema y se despide siempre con la palabra *abur*, haciendo un gesto con la mano para acompañar su marcha.

El cartero me habla brevemente de la niebla. Yo le cuento que algunas horas antes vi aparecer desde la ventana de mi dormitorio una grúa altísima entre los tejados de la parte baja de la ciudad. Aquella niebla ancha lo abarcaba todo, llegaba desde mi ventana, cubriendo el pie de las casas próximas, hasta la montaña y también más allá. En medio de ella, la grúa sostenía, colgado de dos cables, un contenedor metálico de color azul que llevaba dentro materiales de construcción. Los cables anclados a cada uno de los lados del contenedor y a la parte alta de la grúa dibujaban el perímetro de un triángulo que parecía la vela de un barco. El contenedor era el casco flotando sobre la niebla, como si atravesara el río que separa el mundo de los vivos —el de las chimeneas y las antenas parabólicas que están cerca— del mundo de los muertos —el de las luces del centro comercial que se adivinan a

lo lejos—. Sobre él se apoyaban los pájaros. Le muestro al cartero una fotografía en mi teléfono móvil: «Un barco», le digo. Me pregunta dónde. «Está en la mirada», contesto yo. Y entonces él dice: «Abur, barco». Y se marcha moviendo la mano, como siempre.

Una de las primeras cosas que les enseñamos a los bebés son las palabras y los gestos de saludo y de despedida, que son prácticamente universales. Dicen hola y adiós casi al tiempo de decir sí y no. Es importante saber despedirse, saber decir adiós. Las conversaciones telefónicas, por ejemplo, no terminan hasta que una de las dos personas se atreve a decirlo, después de un silencio incómodo y conclusivo, y la otra lo recibe con cierto alivio. Esas partes del diálogo se omiten habitualmente en la ficción, pero son las que más me interesan. Los rituales del adiós son exactos y se repiten siempre igual, no importa si la despedida es definitiva o provisional.

El sobre trae cuatro ejemplares de un libro delgado de poemas que traduje al gallego y también un bulbo de tulipán envuelto en una bolsa de tul amarillo. Isabel, la editora, me había contado que me haría llegar los libros, pero no me había dicho nada del bulbo de tulipán, así que fue una sorpresa. Y un compromiso también: una semilla siempre lo es.

Cuando mi abuela María construyó su casa quiso plantar un jardín en el que no hubiese más que árboles y arbustos que floreciesen, y no una huerta. No quería tener que recoger nada de provecho de la tierra. Con todo, la belleza le importaba mucho, o eso creo. En su casa siempre hubo floreros y en los cajones de la cocina cajitas de semillas de flores diversas, que ella siembra de cuando en cuando, a su tiempo. Le trajeron un naranjo que nunca dio fruta para el jardín, y pienso que eso la hizo feliz.

Hace algunos años me contó que cuando era una niña, en la escuela, la maestra repartió un día lápices de publicidad de una fábrica de licores a todas las alumnas. Me los describió con esmero. Los lápices eran un poco más cortos que de costumbre, de madera clara, llevaban en el lateral el nombre de la fábrica y cerca de la punta una flor de saúco rotulada en negro sobre la que se apoyaba un pájaro del mismo color. La maestra les había entregado los lápices para hacer la tarea con ellos, pero fue capaz de observar la fascinación que a la niña le había causado el objeto, y también su temor a usarlo y que, después de afilado, se agotase para siempre. Así que, sin que nadie lo advirtiese, le dio dos y le dijo: uno para que escribas, otro para que lo guardes. Aquello fue para mi abuela María una revelación. *Por fin tenía algo bonito que era mío*. Me parece que el derecho a la belleza debería ser irrenunciable para cualquiera, la posibilidad de perseguirla y conservarla.

Yo guardo en el cajón de la mesita de noche el bulbo de tulipán que Isabel me ha enviado y pienso en la importancia de reunir la ternura suficiente que merece el gesto de plantarlo.

Mientras hago todo eso, tío Pedro lleva a mi abuela María al hospital porque ella tiene fiebre alta. Me lo cuenta a mediodía. No es nada grave, apenas una infección como cualquier otra. Sin embargo, sus órganos comienzan a fallar uno detrás de otro a lo largo de la jornada y no parece responder a los antibióticos que le administran. Mi padre va a visitarla algunas horas después, cuando el desenlace parece próximo y, a pesar de todo, la recuperación no es aún imposible. Una vez que pierde la consciencia, la ingresan en la planta de cuidados intensivos y no está permitido que la acompañe nadie fuera del tiempo de visitas. Mi padre me dice entonces que parece tranquila, adormilada, y que de vez en cuando abre los ojos y no sabes si te mira o no.

Hay algo en la inminencia de la muerte que me causa aversión: la anticipación del luto. Cuando mi padre me cuenta que mi abuela está tranquila y adormilada, que alguna vez tenía que ser y que yo *debo saber* que es posible que nunca más se despierte, pienso inmediatamente en cómo organizaré la vida doméstica para asistir al velatorio por una muerte que todavía no se ha producido. Pienso en cuál será la mejor manera de contárselo a mi hijo, si eso pasa, y siento vergüenza porque se me ocurra pensar en esas cosas. Después recojo al niño de la escuela, voy con él al cine a ver una película de aviones parlantes y a la vuelta le doy la cena y lo acuesto sin contarle un cuento. También limpio la mampara de la ducha y el espejo del cuarto de baño, que quedan impolutos, sin rastro de gotas de agua.

Hay un tipo de tristeza que tiene que ver con la fiebre. Es una tristeza que produce escalofríos. El espasmo y el temor que esa tristeza provoca no se pueden controlar ni predecir. Lo que tarda en hervir el agua si la miras de cerca y lo que tarda en hervir el agua si no la miras es el mismo tiempo exacto, pero la inminencia de la muerte puede convencernos de lo contrario. La madrugada del veintitrés de diciembre, finalmente, mi abuela murió mientras yo dormía. Esa noche tuve fiebre yo también, solamente unas décimas. La tristeza febril tiene que ver con lo repentino.

Mi cuerpo me prepara así para la nostalgia, es así como me habla y es así como me dice: *debes saber* que algo está ocurriendo. En el momento de saberlo, muy temprano por la mañana, mi casa está en completo silencio y mi hijo duerme aún. Es el último día de escuela antes de las vacaciones. Preparo un café y me siento en el sofá de la sala de estar esperando a que él se

despierte. En la espera busco, con avidez, dos poemas muy concretos entre mis libros. No son, seguramente, los mejores poemas que existen sobre el luto, ni siquiera son los mejores que yo conozco, pero me acompañan durante las primeras horas.

Quiero recordar algún rezo, pero no soy capaz. Mi abuela sabía muchos, y cuando decía cualquiera de los que están dedicados a la Virgen María, madre de todas las madres, yo pensaba que estaba cantándose a sí misma, que también era la madre de todas las madres, la madre primera de mi stirpe, o algo así. Recuerdo luego el bulbo de tulipán que llegó con la carta de Isabel y lo pongo debajo de la tierra, dentro de una maceta en la repisa de la cocina, esperando la primavera. Toco mi frente con las manos y hierve. Sobre la frente, dejó un rastro oscuro de tierra mojada y, después de eso, no ocurre nada extraordinario.

Me impresionan de nuevo los ruidos de la muerte en el velatorio por mi abuela, el silencio que rompen los pasos discretos de los trabajadores de la funeraria, el momento en que los pésames se convierten en conversaciones sobre cosas de poca trascendencia. Acudo sola y bien vestida, con el pelo recogido en una coleta alta y un abrigo gris oscuro. Siempre que se produce la muerte de alguien me fijo en esos dos detalles, en cómo me vestí y en cómo llevaba el pelo, como si fuesen coordenadas útiles para describir mi estado de ánimo durante ese trance. Mi abuela decía que hay que acudir a los velatorios con ropa de colores discretos, pero nunca de negro absoluto, porque el negro es un color que revela una pena excesiva, pasada de moda.

Al niño se lo cuento con palabras fáciles. Le explico que la abuela María ya no está, que su cuerpo ha dejado de funcionar y que ahora podremos recordar cómo era pero no visitarla. El niño no entiende la muerte y la teme, porque la conoce más de lo que debería. De vez en cuando pregunta por mi tía, por mi abuelo o por el suyo, el padre de Miguel, que murió cuando él tenía pocos meses. Tiene la hipótesis de que los nacimientos y las muertes son como entradas y salidas pactadas de las personas en un barco donde hay un número de plazas limitadas. Cuando alguien muere, alguien debe nacer para sustituirlo. Pero cuando alguien nace, también alguien debe morir para ceder su sitio. Me pregunta dónde está la abuela María y le prometo que lo llevaré algún día al cementerio, deseando que olvide temprano esa idea.

Los festejos de los días siguientes se suspenden en parte. Enterramos a mi abuela la tarde de Nochebuena, en un cementerio más vacío de lo habitual. El día de Navidad, tío Pedro prepara pollo asado y ensalada para todos, y mi hermana coloca la bandeja de los dulces y de los postres, ayudada por mi hijo,

a pesar de las circunstancias. Almorzamos todos juntos, respetando el hueco donde solía sentarse mi abuela María, acompañándonos unos a los otros. Abrimos regalos, y mi hijo recibe con alegría la muñeca de barriga blanda, el cuento de osos y la bicicleta azul, junto al niño Jesús rodeado de una cinta de espumillón amarilla. Nadie se acuerda del árbol de plástico que mi madre ha comprado. Mi hijo tampoco.

Los días de diciembre que siguieron, antes de la boda de Lucía y de mi viaje a Madrid, nevó en muchos lugares, pero no aquí. Nevó en la montaña y nevó en ciudades donde mi hijo no ha estado nunca. Vemos las imágenes en la prensa y en la televisión. El niño me pregunta si esa nieve está hecha con un ordenador, como todo lo que ve en la televisión. Él codiciaba la nieve tantísimo durante esos días que pensé que nevaría también donde nosotros vivimos, y que para convocar la nieve tan importante es la temperatura del aire como el deseo.

En el cristal de la ventana de su habitación le dejo colgar un dibujo que ha hecho con lápices de colores. Es un pajarito rojo con plumas fantasiosas y una corona en la cabeza. Yo escribo después junto al pájaro: «Hola, nieve», invitándola a suceder. Como si esa escritura fuera capaz de convertir la lluvia en otra cosa. Como si esa escritura fuera capaz de hacer nacer algo donde antes no había nada más que una semilla o una expectativa. Como si esa escritura fuera una promesa.

Hay una nota de alegría en los noticiarios que hablan sobre la nieve, en las fotografías de los muñecos que construyen los niños en los parques y en las imágenes de los juegos compartidos en las calles de la ciudad. A pesar de todo, no estoy segura de que la nieve sea un acontecimiento alegre. Pienso en los árboles caídos, en la suciedad que se mezcla con ella. Pero también en la blancura, en la extrañeza, en el paisaje.

Una de esas noches, el niño dice que quiere que hablemos todo el tiempo de la abuela María para que no se nos olvide cómo era. Me pregunta si me pone triste que hablemos todo el tiempo de la abuela María para que no se nos olvide cómo era. Igual que la nieve, no estoy segura de si eso es una cosa triste o alegre.

Lo que no es alegre en absoluto es la nostalgia imposible de calmar.

Confeti

El veintinueve de diciembre, algunas horas antes de coger el tren que me llevará a Madrid para la boda de Lucía al día siguiente, paseo con Miguel y con el niño por un parque vacío. El niño quiere estrenar su bicicleta, y Miguel le sugiere que no se vaya lejos y que pedalee dando vueltas alrededor de nosotros, que estamos sentados en un banco. Con las manos entumecidas por el frío, me despido de ellos dos en la casa de Miguel y acuerdo con él que recogeré a mi hijo después de la noche de fin de año. Le prometo al niño que entonces llevaremos mi bicicleta y la suya al parque, y que iremos juntos a donde él quiera, uno detrás del otro, porque las bicicletas no son divertidas si no sirven para ir a algún lugar.

Estoy a punto de contarle a Miguel todo lo que ha pasado los días anteriores, de relatarle mi visita a la clínica, el aborto, esa nostalgia extraña que se me ha puesto en el pecho en cuanto la sangre y el dolor del abdomen mermaron hasta desaparecer por completo. De alguna manera somos todavía compañeros de viaje porque los dos acompañamos el camino del mismo niño. De alguna manera nos queremos más que antes desde que nos atrevimos a decirnos que ya no nos queríamos, y por eso quiero contárselo, aunque al final no le cuento nada. Supongo que el silencio es también una cosa nuestra y que eso está bien (de alguna manera).

El agujero tiene ahora una forma extraña. Lo que era al comienzo un conflicto, una expectativa espantosa, imantada con el recuerdo de los primeros meses de mi hijo, y con la certeza de ser una madre insuficiente para un bebé, se ha convertido en otra cosa, que algunas veces se parece a una pena inespecífica. Comienzo a pensar que, a pesar de no desear un segundo hijo, es triste también la ausencia de algo que pudo ser y no fue, su desaparición discreta. Una vez que el problema se ha desvanecido, llega la ensoñación, la hipótesis, la oportunidad de un relato distinto, que ya no me

atemoriza porque no es posible. Imagino a Carlos cuidando de una niña de ojos curiosos, a los dos llevándola a ver por primera vez fuegos artificiales. O al niño jugando con otro niño más pequeño que se le parece un poco.

Mi familia es como una fila de fichas de dominó que están dispuestas unas delante de otras, sin más continuación que mi hijo. La muerte de la abuela María supone el fin de todo lo que me precede, porque no me queda un pasado más alejado en el tiempo que el que mis padres puedan recordar. Mi abuela es la primera de esas fichas de dominó, y ellos caerán justo después, alguna vez, en un futuro que se aproxima. En la fila de piezas yo ocupo un lugar intermedio, entre mi hijo y mis padres. A lo mejor era mi deber añadir piezas, pienso, para que el rastro de mis seres queridos derrumbados continúe un trecho más.

En el final de la mañana, llega a casa un repartidor de uniforme con un paquete grande en las manos, de forma rectangular, a mi nombre. Ignoro qué puede ser, pero nada más cortar la cinta adhesiva sobre el cartón encuentro un trozo de papel de seda envolviendo el muñeco, aquel bebé de silicona realista que había encargado una noche, la semana anterior, para regalarle a mi abuela por Navidad. Lo había olvidado por completo y al principio no sé qué hacer con él. Después, sin pararme demasiado a mirarlo, lo guardo dentro de la maleta que he preparado para mi viaje, prácticamente vacía. El muñeco lleva puesto un conjunto blanco con listas amarillas. Dentro de la caja hay también una tarjeta de cartón que dice en letras feas y ampulosas «certificado de adopción» y una mochila portabebés de tela. Me recuerda a mi hijo, y a todas esas cosas que no hice con él, pero también a todas las otras que no haré con un segundo hijo que ya no existe.

Cojo el tren a las tres de la tarde de un martes, rodeada de personas alegres. La calefacción y el vapor que se forma dentro del vagón me producen un mareo leve, agradable, una niebla que parece venir de mi cabeza o de mi cuerpo, y no del ambiente. Durante el viaje concibo la posibilidad de pasear por la ciudad, a mi llegada, con el muñeco en brazos, o envuelto en una manta de algodón, o sentado en la mochila portabebés, que también llevo conmigo. No me preocupa en exceso que la idea sea perturbadora, sí siento temor porque alguien advierta, en un descuido, por la calle, que mi bebé no es real y me lo haga saber. O que no me lo haga saber y lo comente en voz baja, a mi paso.

La habitación de hotel, al sur de Madrid, en la periferia, tiene solo una ventana, que se abre hacia un patio interior. Llamo a Lucía para anunciarle mi llegada y un entusiasmo fingido por la celebración, y le prometo que nos

veremos en pocas horas. Después saco el muñeco de la maleta y lo examino demoradamente. Me parece una niña: lleva en las orejas pendientes plateados con la forma de una pequeñísima flor, que yo nunca le pondría a una hija si la tuviese.

Me acuesto en la cama del hotel pensando que no seré capaz de dormir, abrigada con las mantas y con un pijama térmico de punto sintético que he traído porque adivinaba que haría frío en la ciudad. Igual que otras veces, el contacto con el tejido es desapacible y, como siempre que alguna sensación desapacible coincide con el tiempo de sueño, tengo una pesadilla inquietante. Sueño que viajamos en un tren, mi hijo y yo, o no exactamente mi hijo sino otro niño cualquiera, un poco más pequeño que él, a lo mejor de un año o dos. El niño camina al principio, después corre por el vagón, yo lo reprendo, lo cojo en brazos, lo acaricio. Él apoya su cabeza contra el cristal de la ventana del tren, sentado de rodillas, mirando el exterior, y su respiración deja una marca en el cristal. Después acuno al niño hasta que se queda dormido y, cuando se queda dormido, pegado a mí, su piel se va volviendo fría, sin que yo pueda hacer nada. Trato de proporcionarle calor, primero con mi cuerpo y más tarde con una manta. Mi niño tiene frío y yo debo hacerlo entrar en calor. Finalmente me despierto, empapada en sudor, con la respiración agitada. Me quito el pijama y me meto debajo de la ducha.

A lo mejor imbuida en las sensaciones del sueño, o porque es aún muy temprano y supongo que no encontraré mucha gente en la calle, no cuestiono el impulso de salir a pasear con el muñeco en la mochila portabebés por el parque próximo al hotel, una zona de paseo que flanquea las dos orillas del río Manzanares. Con el secador de pelo del cuarto de baño le aplico calor a su piel de silicona. Me pongo el abrigo y camino hasta un lugar apartado. Encuentro a alguna mujer corriendo en círculos y a ningún paseante interesado en mí. La impresión es, al principio, agradable. Recupero algunas sensaciones que se parecen a llevar conmigo a un niño vivo. Sobre todo el calor, que enseguida se disipa, y el peso, que se corresponde con el de un bebé de pocos meses.

Sin embargo, lo que en un primer momento, aún aturdida, era plácido, va cambiando hasta convertirse en un malestar inaplazable. Llega el desconsuelo como otras veces, sin avisar, con la forma de una especie de insuficiencia a la hora de hacer las cosas necesarias para estar viva: respirar, mover los brazos y las piernas acompañándolos con el resto del cuerpo, tomar decisiones simples, pestañear de manera automática. Sentada en un banco, junto al río, saco el muñeco de la mochila. Le retiro la ropa para observarlo por dentro y descubro

que su cuerpo es un saco de tela, seguramente lleno de arena. Me pregunto si sería todo más sencillo así, si naciésemos con un colgajo de tela en vez de un corazón. Mi tío Pedro me dijo, horas después de que mi abuela María ingresara en el hospital, que los médicos habían observado en una de las pruebas que su corazón parecía agrandado con respecto al tamaño normal. Cuando el corazón humano sufre, se ensancha. Me lo explicó Mónica y no entendí qué ventaja puede suponer.

Nadie me ve, creo, lanzar el muñeco al fondo del río.

Cuando era niña mi abuela me contaba un cuento que empezaba así: hay un río que, si lo cruzas, puede hacerte perder tu recuerdo de la otra orilla. No puedo relatar cómo seguía aquel cuento, supongo que porque nunca he querido cruzar ese río.

En la oscuridad de la habitación del hotel abrazo mis piernas y paso el día así, sin apenas moverme, pensando algunas veces en el muñeco que está en el fondo del río y en las cenizas de mi tía y de mi abuelo, dentro de una urna, junto al ataúd de la abuela María. Imagino, al cerrar los ojos, que yo también estoy en el fondo de un río, que he conseguido la calma absoluta. Imagino que me parezco a una ceniza, y que esa oscuridad donde estoy es también la oscuridad de mi hijo ficticio, y que los dos compartimos la profundidad del bosque en el que nunca debimos entrar. No voy a la boda de Lucía. Me excuso, con un mensaje de texto, simulando una severa intoxicación alimentaria.

Repaso en silencio la lista de mis seres queridos, la lista de los vínculos rotos y de los vínculos vivos. Es importante tener un lugar en el que descansar para siempre, y la diferencia entre los muertos y los desaparecidos es precisamente el lugar que los desaparecidos no ocupan. Los niños que no han llegado a existir no tienen un lugar. Tampoco Celia lo tiene, ni su hijo vivo o ficticio, aunque su recuerdo regrese y aparezca rotundo en mi cabeza, como un armario o un aparador ocupan una habitación.

Regreso a casa el último día del año y en la tienda de la estación de tren, a mediodía, hay un hombre que compra algunos regalos. Escoge un peluche con forma de elefante, un coche de juguete, un muñeco de goma para la bañera, cosas así. Cada vez que viajo asumo que el resto de los viajeros con los que me cruzo llevan un rumbo parecido al mío, que parten cuando yo parto y que regresan cuando yo regreso, sin importar cuál sea el destino del que parten o el lugar al que regresan. Imagino que el hombre de la tienda compra regalos para sus hijos, no sé si regalos de Navidad o recuerdos del viaje. Imagino que es un buen tipo pero tal vez sea como yo: una de esas personas poco

consideradas capaces de comprar cualquier cosa en el último momento y aparecer en una celebración familiar con juguetes feos y demasiado infantiles para sus sobrinos ya adolescentes. Nunca lo sabré.

Cojo el tren de vuelta a las tres de la tarde. Mi asiento está orientado en el sentido contrario a la marcha y no me molesta, aunque en otro tiempo eso habría sido un motivo para rogarle a alguien que me cambiase el sitio. Hay un ambiente festivo en los vagones, grupos de gente animada y también personas solitarias que desean que el viaje acabe pronto y encontrarse con alguien que, con seguridad, estará esperándolos en la estación. Es fácil ver en el gesto de los viajeros el efecto que provoca en cada uno de ellos la promesa de pasar algunos días con la familia. Me quedo dormida con los auriculares puestos y una novela sobre la cara.

En medio del trayecto, avanzada la tarde, el tren se detiene en una nevada y me despiertan el resto de los pasajeros comentando la noticia con sus teléfonos móviles en la mano, indignados con la empresa ferroviaria por un fenómeno meteorológico. Es hermoso el paisaje desde la ventana, levemente blanco en una oscuridad que comienza a caer en los campos, sin que sepas qué es lo que cae primero, si la neblina o la lluvia. Me calma la espera y pongo los ojos sobre una mujer mayor que permanece en silencio y no se queja por nada. El tren reanuda la marcha más de una hora después.

Cuando llegamos a la ciudad ya casi son las doce. Camino por la calle oscura sin gente, en silencio. No tengo prisa por llegar. Quiero escribirle a Carlos, que pasa la noche con su familia, pero prefiero que me imagine cansada y sonriente con mi vestido de fiesta usado en la maleta, y no sola y triste de vuelta a nuestra casa. Me sorprenden las luces de los bares de la periferia, algunos de ellos a punto de abrir, y en el fondo de un callejón escucho voces y aplausos, seguramente alguna celebración en un bar que no se ve pero se adivina. Me acerco para descubrir, en el letrero de la entrada, levemente iluminado, un dibujo de una montaña, acompañado de unas letras azules que aluden a un sitio cualquiera de Norteamérica, no recuerdo cuál, a lo mejor Texas, a lo mejor Alabama, aunque pienso que era Nebraska. En el interior, un grupo de hombres atiende a las campanadas de la última noche del año. Todos van ataviados con gorros de papel de fiesta y tienen en la cara sonrisas trémulas. Son personas destinadas a pasar los días especiales en cualquier tasca triste y mal iluminada del mundo sin la compañía de sus seres queridos. Como yo.

Una camarera rubia, de pelo enredado y ojos grises, vestida con un top corto y escotado con lentejuelas y un pantalón vaquero, atiende de refilón al

televisor. Sostiene entre su cuerpo y el brazo una bandeja metálica, y en la mano una bolsa de plástico con serpentinas y otras cosas brillantes. Le pregunto cómo se llama, esperando escuchar sus ces arrastradas y que su mirada eléctrica se pose sobre mí y entonces me reconozca. Me responde con un acento italiano que me desconcierta, de vocales enormes, y dice que se llama Bianca y que si quiero tomar algo. Sus ojos no son grises, sino azules, y su pelo no parece tampoco rubio a la luz de los tubos fluorescentes. En el televisor suena, atronadora, música de fanfarria. Los hombres hacen chocar sus vasos en un brindis de coreografía torpe y la camarera desconocida agita la bolsa de plástico en el aire, creando una nube de serpentinas.

Sobre mi pelo cae un delicado círculo de confeti.

El tulipán que planté en diciembre en una maceta de tierra en la repisa de la cocina, o, más propiamente, la flor de ese tulipán, se asomó al mundo durante los primeros días de marzo. Su tallo era breve y lo corté cuando los pétalos comenzaban a abrirse. Lo puse en un vaso alto sobre la mesita de noche.

En el momento de poner flores en agua dejo siempre una aspirina partida en el fondo del florero. Me dijo mi abuela que hay que hacerlo así para que se conserven vivas unos pocos días más. Poner flores en agua es algo que me conmueve, pero me conmueve más la aspirina. Me produce tristeza el aspecto que tienen los tulipanes fuera de la tierra, sin estar vinculados a nada, sin nada que los amarre, hasta que desfallecen por completo. Es desolador que les cortemos los vínculos a las flores para que sean hermosas a nuestro lado.

Terminé de escribir este libro el segundo día de mayo, primer domingo del mes. Mi hijo me trajo, por el Día de la Madre, un dibujo que hizo en la escuela. En el dibujo estamos él y yo, y hay una línea en la mitad del folio que lo atraviesa de arriba abajo. Al otro lado están Miguel y Carlos. En el aire dibujó un círculo que parece una pelota y sobre mi cabeza un corazón torpe, pintado de rosa. Señaló el centro del dibujo y dijo: «Estamos jugando al voleibol». Después me explicó: «Esta es nuestra red». Le dije que sí, que esa era nuestra red.

La depresión posparto es la primera causa de muerte de las madres durante el periodo perinatal en la mayor parte de los países occidentales, por encima de los trastornos hipertensivos y hemorrágicos.

He escrito este libro porque estoy viva.